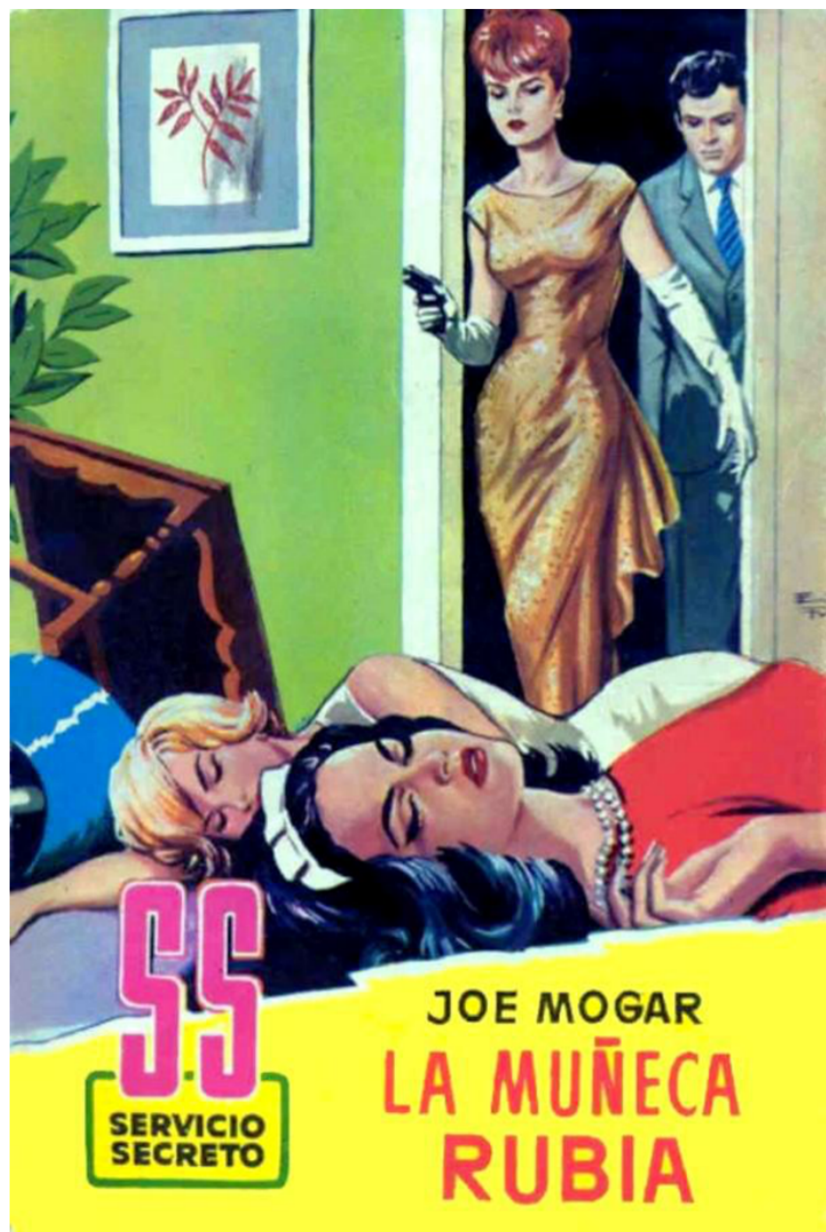


S.S
SERVICIO
SECRETO
JOE MOGAR
LA MUÑECA
RUBIA

LA MUÑECA RUBIA

JOE MOGAR

LA MUÑECA RUBIA

1.ª EDICIÓN
NOVIEMBRE - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 14821 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 5661/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

La MUÑECA RUBIA

por JOE MOCAR



CAPÍTULO PRIMERO

Logan:
Martes, a las diez de la mañana.

Encabezo así la presente narración, con mi nombre, porque no sé aún si alguna de mis muchas amistades, femeninas, claro, tiene intención de poner en ella su granito de arena, y quiero evitar con ello confusiones.

Soy del parecer de que cualquier mujer, siempre que sea un bombón, tiene derecho a opinar como le guste, y hasta a hacerlo constar por escrito si le viene en gana.

En fin, la cosa empezó a las diez de la mañana, en mi oficina del décimo piso de un inmueble de la calle Cincuenta y Uno, a cuatro pasos de la Octava Avenida.

Entre mis muchos defectos tengo sólo una virtud, que no me gusta levantarme temprano. Todavía no concibo cómo hay gente que se levanta a las cinco de la mañana para entrar a trabajar a las seis, hacer un turno de ocho horas, sin incluir los veinte minutos del desayuno, y se quede tan campante.

Yo no soy así; por lo tanto, bajé del «Cadillac» convertible (alquilado, claro) frente a dicha casa, a las diez menos tres minutos en mi reloj de pulsera.

Atravesé la ancha calzada y después de saludar con gesto afable al viejo Pete Moragan, el portero, me metí en el ascensor y pulsé el botón correspondiente al piso que quería ir.

Una vez frente a la puerta, hice lo mismo que un montón de veces desde que logré ocupar aquella oficina. Miré la placa en la cual rezaba mi nombre:

CASS LOGAN
Investigador privado

Confieso que me gustaba verla una y otra vez. Me había costado mucho llegar hasta allí, ya que en los últimos tiempos los casos habían escaseado bastante, y aún escaseaban, para desespero de mi cuenta corriente bancaria.

Dejé de mirar la placa y pensé que había algo que me gustaba mucho más. Por ejemplo, Susan Marlowe, mi secretaria. Un verdadero bombón pelirrojo, de ojos azules, busto capaz de producir un colapso, a otro que no fuera yo, estrecha la cintura, caderas de ánfora y piernas largas y bien torneadas, sin medias, ya que para ella, al menos, este artículo no parecía existir en el mercado, salvo raras excepciones.

Empujé la puerta y entré. En el antedespacho, como ya esperaba, estaba Susan, sentada detrás de la máquina de escribir, una antigua «Underwood», que posiblemente perteneció a mi bisabuelo.

Susan tenía una pierna encima de la otra, con gesto desenfadado que me hizo lanzar un suspiro, y con ayuda de la barra de carmín y el pequeño espejo del bolso, se estaba pintando los labios.

Avancé hacia ella, di los buenos días, le puse una mano sobre sus redondos hombros y entonces ella se volvió para mirarme. La besé en los labios y me separé.

Pero Susan no pareció conforme con aquello, ya que me sujetó por la solapa.

—Espera, querido —dijo.

Y me besó también, con lo que mi suspiro se repitió. Al ir a corresponder, ella se echó atrás, mostrándome su blanca garganta, y rió tenuemente.

—Con uno ya hay bastante, jefe —dijo sin dejar de reír. Luego se llevó los dedos a los labios y susurró—: Tiene visita. Creo que es un buen cliente —hizo una pausa y añadió—: ¡Ojalá lo sea! ¡No sabe cuánto lo deseo!

Como un imbécil caí en la trampa que me tendía.

—¿Por qué? —pregunté.

—Así podré pedirle aumento de sueldo, jefe —me replicó sin perder la sonrisa, para añadir casi sin respirar—: Ande, dese prisa. Hace más de una hora que le está esperando.

Y sin añadir más volvió a su espejo y a su barra de carmín, mientras yo me encaminaba a la puerta del despacho, pensando que

aquel tipo, quien quiera que fuese, también tenía el feo vicio de madrugar. ¿A qué tanta prisa? ¿Era tan importante su caso?

Estas respuestas las encontraría seguramente detrás de aquella puerta. Por lo tanto, deseché todas las preguntas que se me formaban en la mente y entré en el despacho.

El hombre en cuestión era casi tan alto como yo y tal vez tan fuerte. Se levantó al verme entrar, y sin saludar ni dar los buenos días preguntó:

—¿Es usted Cass Logan?

Sin saber por qué, el tono de su pregunta no me gustó. Por lo tanto, estuve tentado de decirle que, efectivamente, yo era Cass Logan, que tenía veintisiete años, un metro noventa de estatura y que pesaba trescientas libras.

Que tenía el genio vivo, y que si me apuraban mucho era capaz de partirle en dos sin esfuerzo alguno, a pesar de su corpulencia, que no era poca.

Pero me lo callé. Mi cuenta corriente no era la que yo deseaba, Susan quería aumento de sueldo, y mi curiosidad se había despertado.

—Efectivamente —dije—. Soy Cass Logan.

Vino hacia mí, pero no me tendió la mano como yo esperaba, sino que se la metió en el bolsillo. Por la forma de mirarme, por sus movimientos, y por algo extraño que emanaba de él, comprendí que era un individuo acostumbrado a mandar.

—He venido a encargarle un caso. Quiero que durante una temporada trabaje para mí. Si tiene algo entre pianos lo deja y en paz.

Podía haberle mandado al mismo diablo en aquel preciso momento, pero no lo hice, y no por falta de ganas, sino porque todo mi interés estaba centrado no en sus palabras, sino, y muy particularmente, en la mano que tenía en el bolsillo.

La sacaba en aquel momento, llevando en ella un abultado fajo de crujientes billetes de mil dólares. Vi cómo separaba cinco de ellos. Alargó la mano y yo permanecí indeciso unos segundos antes de alargar la mía para tomarlos.

—¿Y bien? —inquirí.

Me miró en silencio durante unos cuantos segundos.

—Esos dólares son para los primeros gastos —dijo—. Ahora

bien; es muy poco lo que le voy a decir sobre el asunto. Casi nada para ser más exacto. Estoy en un lío.

—Y quiere que yo le saque de él, ¿no?

Me miró sin contestar.

—¿Puede adelantarme algo de lo que espera? —proseguí.

Y le miré a mi vez como si se tratara de un lunático.

—Sólo en parte —repitió de nuevo—. Es muy posible que me detengan. Que hoy, mañana, o pasado, me vea entre rejas. Quiero que entonces me consiga un buen abogado y que me saque de ellas.

—¿Nada más?

—El resto es cosa suya.

Le miré de nuevo. El aspecto de la cuestión no me gustaba. ¿Qué temía? ¿Por qué esperaba ir de un momento a otro a la cárcel?

Su petición era extraña en demasía. Para buscarse un abogado no tenía que haber recurrido a mí precisamente. Hay miles de ellos en Nueva York. Pero al parecer aquel individuo no quería sólo eso. Tal vez cuando estuviera en el lío, que a juzgar por los cinco mil dólares que me había dado, según sus palabras como adelanto, tenía que ser gordo, se decidiera a contármelo todo.

¿Era acaso que pensaba alquilarme como guardaespaldas? Esto sería una nueva experiencia para mí. Y seguía sin gustarme.

Pero a pesar de eso repliqué:

—De acuerdo. Acepto. Ahora, ¿quiere decirme cómo se llama usted? Es que me gusta saber el nombre de mis clientes, y también para extenderle un recibo por esta cantidad.

Y me abaniqué con los billetes.

El hombre frunció el ceño.

—Me llamo Jim Croyden, y no necesito recibo alguno. Ahora, ¡muévase!

Y sin añadir más dio media vuelta y desapareció de mi vista.

Durante unos segundos estuve mirando la puerta por dónde se había ido, sumido en multitud de pensamientos, hasta que Susan entró interrumpiéndolos, cuando aún no había podido sacar nada en limpio de ellos.

—¿Ha tomado nota de esta conversación, Susan?

Ella me sonrió mientras sus ojos iban a los billetes de mil. Me los guardé apresuradamente en el bolsillo y entonces Susan replicó:

—Conecté el dictáfono en cuanto usted entró en el despacho,

jefe. Ha quedado grabada en cinta magnetofónica.

—Buena chica —dije por todo comentario.

Y me acerqué de nuevo a ella con ánimo de besarla, pero me esquivó sonriendo. Para disimular pasé por su lado y fui a la ventana. Al asomarme a ella miré hacia abajo, recordando al extraño individuo que me había visitado y a su no menos extraña petición.

Ya debía estar llegando a la puerta de la calle. ¿A dónde iría?

Me hice esta pregunta mientras abría la ventana, salía al balcón y me asomaba a él.

Había mucha gente por la acera, yendo de aquí para allá, pero no tanto como para que yo no lograra distinguir su alta figura entre los demás.

Vi cómo se paraba al filo de la acera, con los ojos clavados en el semáforo, que ahora lo tenía en contra. Cuando éste cambió, mi hombre bajó del bordillo y empezó a cruzar. Sus grandes zancadas le situaron en primer lugar de los que cruzaban con él, y entonces fue cuando el «Mercury» sedán apareció a toda marcha.

Vi él remolino de gente que se apartaba, y después a mi hombre lanzado de manera brutal contra la acera opuesta. Luego el sedán se perdió en la próxima esquina, a toda marcha, y patinando sobre dos ruedas. En un tris estuvo que no se llevara la farola del alumbrado con el guardabarros.

CAPÍTULO II

Cass:
Martes, a las diez treinta y cinco de la mañana.

Retrocedí, dándome de boca con el escultural cuerpo de Susan. Sus ojos brillaban, por lo que colegí que ella lo había visto también.

—Un cliente que se esfuma —dijo mirándome a los ojos.

Recordé los billetes que tenía en el bolsillo y me pregunté si eso sería cierto. Claro que el hombre podía no haber muerto.

Me aparté del balcón y entré en el despacho. Como no me había quitado la americana ni la funda sobaquera con la pistola, me encaminé resueltamente hacia la puerta, sin perder un solo segundo.

Sentí detrás el taconeo de Susan y estuve tentado de volverme para verla andar, aunque me gustaba más cuando estaba de espaldas a mí. Tal vez por eso no lo hice, pero ella me alcanzó cuando empuñaba el tirador de la puerta.

—¿Volverá pronto? —preguntó.

—Sí, pimpollo —repliqué—. Este caso no ha terminado aún. He tenido un cliente que ha pagado una buena cantidad por un asunto que aún no sé, y por lo tanto, si ha muerto, pienso buscar a sus familiares, caso de que los tenga; si no, a su asesino. No olvide, Susan, que el coche pudo parar y no lo hizo. Que atravesó el disco rojo acelerando cada vez más. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Eso es tarea de usted —replicó.

Di media vuelta con ánimo de salir cuando recordé que no me había despedido de ella como deseaba. Por lo tanto, me volví repentinamente y alargué los brazos.

Antes de que pudiera tocarla, Susan me echó los brazos al cuello y se apretujó contra mí mientras me besaba. Esperó a que la

correspondiera y entonces se apartó alentando con dificultad.

—Voy a tener que casarme con usted, Susan —dije.

Y ella se rió en mis propias barbas.

—Eso sí que no replicó. —Sentiría dejar esta oficina para ir a vivir a su casa. No porque no me guste— declaró —sino porque tendría que tomar otra secretaria, hacerla partícipe de sus cosas, de sus asuntos, en fin, de todo, mientras yo me aburriría zurciéndole los calcetines.

Reí mientras bajaba a toda prisa la escalera, no deseando perder tiempo en espera del ascensor.

El tráfico se había detenido y la gente formaba una masa compacta junto al caído. Me abrí paso a empujones, no sin que algunas airadas protestas llegaran a mis oídos.

Jim Croydon, contando con que éste fuera su verdadero nombre, estaba muerto. De eso no me cupo la menor duda en cuanto le vi. Aún no habían cubierto su cuerpo, y mostraba la cabeza completamente aplastada y el asfalto a su alrededor estaba rojo de sangre.

Miré a les impasibles policías de uniforme que por todos los medios intentaban contener a los curiosos, y les di de lado.

Al hacerlo, reparé en una esplendorosa rubia, muy maquillada y vistiendo de manera tan detonante como su persona, que ya era decir bastante. Me acerqué a ella.

—¿Qué fue lo que pasó, *miss*? —pregunté, como un curioso cualquiera.

La rubia se volvió a mirarme con una expresión de, enojo en sus labios, que al instante trocó por otra bien diferente.

Y es que uno no tiene la culpa de gustar a las mujeres, sobre todo a cierto tipo de ellas. Y no incluyo en mi pensamiento a mi secretaria. Ella es diferente.

Sé que está enamorada de mí, a pesar de las palabras que me dijo hace un momento, y lo siento por ella.

La rubia estaba contestando. Por lo tanto, tuve que dejar mis divagaciones para escucharla.

—Ha sido un «Mercury» —me explicó—. Pasó el disco rojo a toda velocidad y mató a ese pobre hombre. Y lo peor es que era una mujer la que conducía.

—¿Una mujer…?

La rubia sonrió y yo sentí deseos de besarla.

—Si —dijo—. Yo la vi. Ha sido horrible. Debía de haber parado, ¿no?

Pensé unos segundos la respuesta.

—Sí, debía haberlo hecho —repliqué—. Pero tal vez se asustó. Una mujer… ¿Podría describirla?

Vi cómo ella arqueaba una de sus finas y pintadas cejas, y cómo luego se abanicaba con sus largas y rizadas pestañas.

Después contestó:

—¿Describirla…? No, no creo que pueda hacerlo sin faltar a la verdad. Ha sido todo tan rápido y tan horrible…

En aquel momento sonó la estridente sirena de la policía, seguida en el acto por la de una ambulancia. Miré a la rubia y ésta se estremeció.

Entonces recordé el bar de Sheridan y dije:

—Creo que le está haciendo falta algo fuerte, *miss*. ¿Quiere que la invite?

La rubia denegó con la cabeza y yo lo sentí.

—No, gracias —dijo después—. Tengo que irme.

Y, efectivamente, se alejó contoneándose de tal modo que proyectó sobre ella todas las miradas masculinas que encontró a su paso. Al parecer sus movimientos eran más interesantes que el cadáver que en aquel momento estaba siendo retirado de la calzada.

Di media vuelta y la seguí. Es decir, seguí la misma dirección que ella procurando no mirar mucho su contoneo, so pena de abordarla de nuevo y olvidar todo lo sucedido hacía cuestión de minutos, hasta la Octava Avenida.

Doblé la esquina y ella siguió calle abajo. No volvió ni una sola vez la cabeza.

Minutos más tarde alcancé el bar de Sheridan.

Éste estaba detrás del mostrador, sirviendo el desayuno a un par de clientes.

Sheridan era grueso como un tonel de vino, de ojos saltones como los de un besugo y completamente calvo.

Pero yo no le miraba a él, sino a la mujer que se hallaba en el extremo más alejado del mostrador, sentada en uno de los altos e incómodos taburetes que hay en todos los bares, puestos exprofeso por los dueños para que el cliente consuma pronto lo pedido y luego

se largue al diablo, después de pagar, claro.

Debía ser bastante alta a juzgar por lo que veía, que no era poco. Llevaba el pelo largo y ondulado, color caoba, cayéndole en cascada sobre unos hombros que se me antojaron los de una diosa, ya que los tenía casi por completo al descubierto a causa de la escotada blusa que vestía.

Estaba de perfil, y admiré su despejada frente, su recta nariz, su cuello blanco de cisne y sobre todo su busto alto y que yo juzgué prieto, juvenil, y digno de todo estudio.

Su cintura era estrecha, tanto, que creí poderla abarcar con las manos. Pero lo que me cortó el resuello y me hizo olvidar el desayuno que había ido a buscar, fueron sus piernas, que mostraba en gran profusión debido a la corta y estrecha falda que llevaba y que a pesar de estar sentada en el taburete, tenía una sobre la otra.

Eran…

En aquel momento tuve que prestar atención a lo que me decía Sheridan.

—¿Lo de siempre, míster Logan?

Debía de haber formulado la pregunta unas cuantas veces, ya que su expresión, al mirarme, era bastante rara.

Aparté mis ojos del «color caoba» y le miré a él.

—Sí, eso mismo. Lo de siempre.

Y me aparté de la barra para ir a sentarme en una mesa desde la cual pudiera seguir admirando las bellas extremidades de aquella mujer, sin que se diera cuenta.

Me senté esperando los huevos, el jamón y la cerveza. Fue entonces cuando ella me miró. Se dio cuenta en el acto del porqué yo la observaba. Hizo un mohín y Volvió los ojos hacia su desayuno, sin molestarse siquiera en cambiar la postura de las piernas.

Y yo, a pesar de que tenía que hacer algo muy urgente, además de comer, seguí allí mirándola hasta que ella terminó. Y ocurrió lo que yo esperaba cuando se bajó del taburete.

Pasó frente a mi mirándome, hizo otro mohín y salió a la calle, cuando ya Sheridan me traía el desayuno. Esperé a que lo pusiera encima de la mesa para preguntar:

—¿Quién es?

Sheridan miró atentamente. Tal vez estaba pensando si mi

interés por la mujer era profesional o no.

—¿Se refiere a esa mujer que acaba de irse? —preguntó.

—Si —repliqué.

—No lo sé, no la he visto hasta hoy. Pero me chocó su estado cuando la vi entrar. Estaba temblando.

Mis sentidos se aguzaron, y ahora no fue por un par de piernas más o menos hermosas, sino por lo ocurrido aquel día… que junto a una mujer desconocida, nerviosa y asustada, y después de un atropello en el cual había muerto un hombre, eran demasiadas coincidencias al mismo tiempo para no chocarme…

Ataqué mis huevos con jamón con una prisa que hizo a Sheridan abrir los ojos desmesuradamente, y luego me puse en pie.

—¿Ya se marcha?

Su mirada era suspicaz cuando me preguntó:

—No, aun no. Tengo que telefonear.

Y sin dar más explicaciones, y mientras él quitaba el servicio de la mesa, fui a la cabina telefónica. Un minuto después escuchaba la voz al otro lado de la línea.

—¿Diga…?

—Hola, pimpollo —dije—. ¿Sigue tan guapa como siempre?

Hubo unos momentos de silencio y comprendí que la muchacha estaba intentando averiguar por la vos quién era el que llamaba.

—¡Pero si es míster Logan! Hola, ¿cómo está?

—Seguro que no como usted, Margot —dije—. ¿Está el jefe?

Margot era rubia y llena de picaras y soñadoras curvas. Era también la secretaria de Paul Evans, y Paul era un buen detective, capaz de encontrar una pista aunque fuera en el centro del Pacífico.

Yo le había encargado multitud de trabajos, y todos me los había resuelto a completa satisfacción. Por eso le llamaba ahora.

Oí su risa después de mi respuesta, ya que la había entendido como debía, y luego a través de ella me llegó su voz:

—Sí, míster Evans está. ¿Le pongo con él?

—Ya lo creo, pimpollo —dije—. ¿Cuándo quiere que la invite a cenar?

—Cualquier día si es verdad, aunque supongo que Susan se sentirá enfadada. Le pongo con míster Evans —añadió, antes de que yo pudiera decir nada más.

Oí la clavija de la centralita, y casi al instante la voz de Evans.

—Hola, Logan. ¿Qué es esta vez?

—Poca cosa. ¿Has oído hablar de un hombre llamado Jim Croyden? Bien, se ha puesto en contacto conmigo diciendo que se encontraba en un lío… —Y aquí le expliqué todo lo que Croyden me había dicho—. Ha muerto minutos después, atropellado por un «Mercury» que conducía una mujer. Nadie puede describir a ésta, ni creo que nadie tampoco haya tomado la matrícula del automóvil. Quiero que vayas a la Morgue y veas el cadáver, que busques todos los datos que puedas sobre ese Croyden. Me interesa saber dónde vivía y si tenía familiares, cuáles eran sus amistades y si tenía alguna amiguita. Sobre todo esto último. ¿Entiendes? Necesito esta información hoy mismo.

Evans protestó.

—¡Diablos, Logan! Es demasiado poco tiempo. Corriendo mucho, veré si puedo darte algún dato mañana por la mañana.

No me dejé convencer en modo alguno.

—Escucha, pedazo de alcornoque —dije—. Tengo una prisa endiablada en esto, ¿sabes? Hay también una desconocida de cabello color caoba completamente asustada. De esto me ocuparé yo personalmente. El hecho ocurrió en la calle Cincuenta y Uno y ella estaba en el bar de Sheridan, en la Octava Avenida, a los pocos minutos después. No sé de quién ni por qué tenía miedo, pero pienso averiguarlo… Busca esos datos de Croyden. Yo no quiero intervenir junto a la Metropolitana, al menos por ahora.

Colgué sin despedirme, sabiendo que en caso contrario Evans intentaría convencerme de que no tenía tiempo material para conseguirme los informes que le pedía.

Era verdad, y esto lo sabía yo, pero no podía hacer otra cosa.

Pero a las diez de la noche. Evans aún no había telefoneado. Como no pensaba quedarme en la oficina toda la noche, besé a Susan sin que ella protestara, la acompañé a la calle y empecé a caminar hacia la Octava Avenida mientras ella lo hacía en sentido contrario.

CAPÍTULO III

Logan:
Martes, a las diez y siete minutos de la noche.

El automóvil era un «Studebaker» descapotable tipo deporte, y había un bombón dentro de él.

Yo estaba encendiendo un cigarrillo entre la calle Cincuenta y Cincuenta y Uno, junto al cruce con la Octava Avenida. No lo vi llegar hasta que se paró a mi lado. O mejor dicho, hasta que ella bajó la capota y me chistó.

Guardé el encendedor mientras me volvía y entonces vi cómo me hacía señas con la mano. Me acerqué un tanto perplejo, pero procuré que no se me notara, ya que ella estaba abriendo la portezuela.

—Vamos, suba —dijo—. Que es tarde.

La miré sin comprender, pero pensé en un segundo que un paseo con aquella beldad le sentaría bien a cualquiera. Por lo tanto, hice lo que me indicaba, y ella cerró la portezuela apenas yo entré en el automóvil.

Arrancó casi en el acto, y yo, a pesar de que me encontraba perplejo por aquel hecho inusitado, la miré estudiándola.

He visto muchas bellezas; Susan y «color caoba» lo son. Margot también, y otra media docena o más de chicas que conozco. Pero aquélla se llevaba el «Oscar».

Era menudita. Una verdadera muñeca rubia. De ojos grandes y rasgados, largas pestañas, cuerpo como una Venus pagana, amén de unas piernas dignas de figurar en la portada de cualquier revista a todo color.

Iba silenciosa, sumida en sus pensamientos, o simplemente sin pensar en nada, como no fuera en el intenso tráfico que tenía que sortear de manera magistral a cada segundo que transcurría.

Dejé de mirarla para tratar de ver por dónde mí llevaba, y entonces me di cuenta que se dirigía a Manhattan Oeste. No dije nada y esperé, hasta que llegamos a la carrocera.

Fue entonces cuando formulé la primera pregunta pero en un tono ligero, como casual:

—Una noche muy hermosa, en compañía de una mujer más hermosa aún, pero silenciosa como una tumba. ¿A qué se debe eso, pimpollo?

Me lanzó una mirada de soslayo y replicó:

—No deseo conversar, míster… Al menos por ahora. Dentro de poco llegaremos y lo más seguro es que no nos veamos más.

—Lo que será una lástima —indiqué—. Desearé verla de nuevo. Invitarla a cenar a cualquier parte. ¿No puede ser, dulzura?

Me miró de nuevo fugazmente y replicó:

—No, lo siento. Pero por la noche hay mucho ser vicio. Verdaderamente es cuando empieza. Ya lo ve ahora usted luego vendrá otro y otro. Quizá tendré que pasármela entera al volante.

Sin saber por qué, pregunté:

—¿Está usted sola?

—¡Oh, no! Hay varias más. Yo sola no podría con tanto pasajero.

Seguimos en silencio un largo trecho, hasta que ella metió el «Studebaker» por un camino secundario y después de andar un cuarto de milla más, apagó los focos.

Al hacerlo, comprendí de súbito a dónde me llevaba Aquella chica había cometido un error confundiéndome con otra persona. No la saqué de él. Y mientras pensaba en ello, la muñeca rubia tuvo un comentario:

—Usted no es como todos —musitó.

La miré con toda franqueza, desde la cabeza hasta las rodillas más hermosas y perfectas que yo había visto en mi vida.

—¿Cómo son todos los demás? —pregunté.

—Ya sabes… Abusan de una, una vez que estamos en estos lugares.

Estuve tentado de decirle que me gustaría besarla, pero no lo hice. Seguimos en silencio unos cuantos minutos y entonces pregunté:

—¿Regresa a Nueva York?

Asintió en silencio. Al hacerlo ladeó un poco la cabeza para

mirar por la ventanilla. Seguí la dirección de sus ojos y entonces vi una lámina de agua.

Un poco más cerca me di cuenta de que era una hermosa piscina. La miré, preguntando:

—¿Le gusta nadar?

Fue la primera vez que la vi sonreír, y admiré su blanca y perfecta dentadura.

—Sí, bastante.

—¿Lo hará esta noche?

—No, no tengo tiempo. Como ya le dije, debo volver a Nueva York. Puede que aún tenga que hacer un par de viajes más.

Me gustaría verla en «maillot», y así se lo dije. Me replicó que lo llevaba puesto, y que tendría ocasión de verla cualquier día. No insistí y continuamos en silencio, hasta que frente al radiador del «Studebaker» apareció la casona.

Vi antes de llegar su inmensa mole, y el departamento anexo, este de uní sola planta. Calculé que sería allí donde el dueño guardaba los automóviles.

Sin saber por qué me pregunté si dentro, tras aquellas puertas, estaba el «Mercury» que mató a Jim Croyden.

No pude pensar mucho, la muñeca rubia detenía en aquel momento el «Studebaker» frente a lo que me pareció la amplia puerta de madera de un granero. Me abrió la portezuela, dio las buenas noches y yo me apeé pensando que había perdido el tiempo al no besarla en la carretera cuanto opinó tan bien de mí.

Verdaderamente, la rubia no sabía lo equivocada que estaba. Me propuse hacérselo comprender a la menor oportunidad.

Luego vacilé sobre lo que tenía que hacer. Mi razón me estaba diciendo que me moviera que hiciera algo. Estaba seguro que me vigilaban tal vez mirando a través de la puerta por una bien oculta mirilla.

Entonces avancé dos pasos hacia ella, metí la mano en mi bolsillo y saqué un cigarrillo y el encendedor, mientras el «Studebaker» daba media vuelta y se alejaba con los faros apagados hacia la carretera principal.

Encendí el cigarrillo y en aquel mismo momento la puerta clave de todo aquello se abrió.

—¡Apague esa luz, amigo!

Tiré el cigarrillo profiriendo una maldición mientras lo pisaba. Luego encaré al hombre que había salido por la puerta.

—Vamos, pase.

Lo hice así, pero no avancé mucho. Súbitamente el hombre me detuvo por un brazo. Le miré y me sonrió con suficiencia.

—Ya debía saber que con eso no puede entrar aquí, amigo —dijo.

Comprendí que era un experto en aquellas lides, aunque no se le notara por el aspecto cuando, sin dejar de sonreír, señaló el lado de la americana bajo el cual yo tenía la automática.

—Perdone —dije—. Lo había olvidado.

Metí la mano en la axila, saqué la automática y se la entregué junto con la funda y las correas.

El «gangster» la examinó por espacio de varios minutos y comentó:

—Una buena arma donde las haya, sí, señor. Se la guardaré aquí. No tema, que se la devolveremos apenas salga. ¿Dónde la encontró?

—¿El qué? ¿La automática? Me la regalaron. Mi padre fue un conocido «gangster» y me destetaron con ella. —¿Por qué?

Mi anfitrión no replicó a aquello. Me estaba mirando, preguntándose si le hablaba en broma o no. No pudo saberlo porque le dejé al instante, yendo directamente a una puerta que había al fondo.

La empujé sin una vacilación, y aunque ya esperaba lo que iba a ver, no por eso dejé de asombrarme.

Como había previsto, era una sala de juego. Allí había de todo, ruleta, dados, póker, «veintiuno»; en fin, todos los juegos, y para todos les gustos.

Estaba casi lleno, en su mayoría de hombres. Pero también había algunas representantes del bello sexo. Pude notar varios perfumes de calidad, y en los percheros vi prendas femeninas, de las llamadas de lujo.

Dejé mi abrigo de entretiempo en la percha número trece, colgué el sombrero encima de éste y volví a la sala.

El aspecto de ésta era el mismo que segundos antes. Por lo tanto, acuciado por mi curiosidad, y deseando al mismo tiempo probar un poco de fortuna, sin dejar por tito de vigilar en torno, ya que sin

saber por qué sentía que en mi interior empegaba a germinar una sospecha contra la muñeca rubia, me acerqué a la ruleta. ¡Entonces fue cuando la vi!

«Color caoba» estaba junto a ésta, vuelta de espaldas a mí. De nuevo volvieron a asaltarme las sospechas y miré en torno para ver si alguien se fijaba especialmente en mí. Pero no pude descubrirle, en caso de que fuera así.

CAPÍTULO IV

Logan:
Martes, a las once cuarenta y cinco noche.

La miré durante unos segundos y luego me acerqué situándome a su espalda, de modo que si se volvía no hubiera más remedio que tropezar conmigo. Esperaba que después viniera la excusa y, luego, como cosa lógica, la conversación.

No tardé mucho en reparar que «color caoba» estaba nerviosa, y que perdía. Mi interés por probar fortuna se había esfumado en parte.

—Seguí mirándola, olvidado de todo cuanto me rodeaba, como no fuera ella. Finalmente, y después de que la bolita marcó un par de veces el número de la casa, la oí suspirar tenuemente y vi cómo en el acto abría el bolso que llevaba colgado del brazo.

Rebuscó en él, volvió a suspirar y entonces se volvió rápidamente. Como esperaba, vino a caer en mis trazos. Me aparté apresuradamente, aunque no deseaba hacerlo, y murmuré una excusa.

—Es usted quien debe perdonar —dijo ella—. Me volví demasiado precipitadamente.

Al acabar de hablar vi un leve chispazo de interés en sus hermosos ojos verdes, rasgados, y tan grandes poco más o menos como la catedral de Milán, o al menos así me pareció.

Pero se apagó al instante. Ahora me miraba indecisa sin saber si irse o entablar conversación. Me lancé a fondo antes de que ella optara por lo primero.

—¿Puedo ayudarla en algo, *miss*? —pregunté.

Sus ojos permanecieron serios mientras su boca di labios gruesos y rojos iniciaba un conato de sonrisa.

—¿Quién le ha dicho a usted que necesito ayuda, mis ter? —

preguntó a su vez.

Estábamos frente a frente, mirándonos a los ojos Sé que los míos no expresaban nada como no fuera admiración por aquélla sin par figura de mujer joven, ya que tendría de veinte a veinticinco años, aunque después supe que tenía veintitrés; pero en los de ella pude apreciar que había una chispita de interés.

—Nadie —repliqué—. Pero la vi perder y creí que necesitaría algún consuelo.

Me miró con expresión burlona y luego quedó seria, de forma tan repentina que me hizo pensar que, efectivamente, le pasaba algo. Volví a recordar el «Mercury» y que ella había estado minutos después del accidente (que yo me resistía a llamarlo así) en el bar de Sheridan, y completamente asustada según las explicaciones que éste me dio.

Callé mis sospechas y procuré que éstas no asomaras a mi cara. Y me sorprendí cuando ella habló ahora en tono serio como su rostro de querubín:

—La verdad es que lo he perdido todo, y ahora no sabe lo que voy a hacer.

Sentí deseos de meterme la mano en el billetero, pero no lo hice. Podía molestarse y yo sentía interés por ella. Profesionalmente, claro.

Simplemente, me limité a replicar:

—¿Mucho?

—Sí, bastante. Unos mil dólares. Era todo el capital que poseía.

Antes de contestar me dije si aquellos mil dólares que perdió en la ruleta no serían el precio del asesinato de Croyden.

—¿Qué piensa hacer ahora? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No lo sé —confesó—. Me encuentro sola y…

—Lo mejor será que bebamos algo —atajé—. Creo que le sentará bien.

Me miró sin disimulo alguno y comprendí que me estaba estudiando tanto a mí como a mi proposición.

Por lo visto ganamos los dos, ya que dijo, después de un silencio que duró más de un minuto:

—Acepto. Gracias.

Y ella misma me condujo a la barra. Se subió al alto taburete y

yo no tuve más remedio que mirar, mientras ella fingía que no se daba cuenta.

Pedimos dos «Manhattan» que nos sirvieron en el acto y empezamos a beber en silencio. Éste duró tanto que empecé a sentirme molesto, pero no sabía cómo iniciar la conversación. En mi mente sólo existía el recuerdo de Croyden y de que posiblemente estaba hablando con su asesina.

Me estaba preguntando el porqué de aquel asesinato y qué habría querido decirme Croyden cuando fue a mí oficina y que finalmente prefirió silenciar sin lógica alguna, cuando «color caoba» habló rompiéndolo.

—Francamente, no esperaba encontrarle a usted aquí —dijo.

Ladeé la cabeza para mirarla y me encontré con sus ojos clavados en los míos.

—Y yo creí que no me reconocería —repliqué.

—Lo hice en el acto. En aquel bar de la Octava Avenada me fijé en usted. Me estuvo mirando con bastante insistencia.

Intenté sonreír.

—Si —dije—. No tenía más remedio que hacerlo.

—A mis piernas, ¿verdad?

—Me gustan.

—Lo sé —replicó con entera tranquilidad.

Se miró en mis ojos, y al parecer lo que vio en ellos le causó tanta gracia que empezó a reír. La dejé que lo luciera y entonces solté una de mis preguntas:

—¿Viene usted por aquí a menudo, *miss*…?

Dejé la frase sin terminar, con objeto de que ella me dijera su nombre, y lo conseguí.

—Puede llamarme Ruth —dijo—, Ruth Larkin es mi nombre. En cuanto a su pregunta, mi respuesta es «no». He venido, eso sí, alguna vez que otra. Pero no soy asidua a las salas de juego, y mucho menos a ésta.

La miré atentamente, preguntándome si debería hacerle algunas preguntas más, so pena de levantar la liebre con ello, o dejársela a Paul. Casi en el acto me dije que Ruth Larkin era muy hermosa para que Paul metiera sus narices en ella, y mentalmente le mandé al diablo.

—¿Qué hacía en aquel bar de la Octava Avenida, *miss* Larkin?

Al parecer no se extrañó de mi pregunta, o era una de las mejores actrices que yo había visto, ya que no perdió su sonrisa cuando me replicó:

—Estaba paseando por Broadway cuando vi un atropello. Me asusté al ver tanta sangre. Sentí que me mareaba y huí apresuradamente. Sin saber cómo me encontré allí… Lo que no comprendo es cómo pude comer algo. Después… después vi que entraba usted y la forma cómo me miraba. Advertí que le gustaba a usted.

Y siguió sonriendo mientras yo consultaba mi reloj, procurando no hacer mucho caso a sus últimas palabras, pensando irme, dejándola allí, pero sin olvidarme de ella. Tenía intención de vigilarla de cerca… profesionalmente.

—Es tarde y tengo que irme —dije después de pagar los dos «Manhattans»—. Si fuera más temprano la acompañaría hasta Nueva York. Espero que nos volvamos a ver.

Di media vuelta y me alejé hacia el guardarropa, sintiendo los ojos de ella clavados en mi nuca. Pero no me importó.

Aboné una propina a la encargada de los roperos, que me obsequió con una luminosa sonrisa, mientras yo admiraba su figura de diablesa pelirroja; me encasqueté el sombrero, me puse el abrigo de entretiempo y fui hacia la puerta.

Di cuatro o cinco pasos antes de advertir a los dos gorilas que la guardaban. Como no tengo nada de lerdo, al ver cómo me asaeteaban con sus ojos comprendí que la cosa iba por mí. Entonces lamenté no haber deshecho la equivocación de la muñeca rubia cuando me llamó en la Octava Avenida, y mucho más no haberme vuelto a Nueva York, aunque hubiera sido andando, cuando el elegante «gangster» de la puerta del granero me invitó de manera tan cortés a que me quedara sin pistola.

A pesar de mis lamentaciones interiores no vacilé un solo segundo en lo que tenía que hacer. Por eso continué avanzando hacia la puerta. Hice ademán de pasar y entonces ellos blocaron la salida.

—Mi amigo Pat y yo estamos aquí esperándole, mistar —dijo uno de ellos, torciendo la boca al estilo de los «gangster» de película barata—. El jefe quiere verle.

Me encogí de hombros.

—Es tarde, muchachos, y tengo una cita con una pelirroja que es un bombón —dije, dudando del éxito de mis palabras como así fue.

El llamado Pat habló ahora:

—La pelirroja puede esperar un poco más, míster. Creo que Dan estará conforme conmigo.

Y miró a su compañero, como queriendo que éste confirmara sus palabras.

—Así es. ¿Quiere subir… ahora?

Volví a encogerme de hombros mientras me preguntaba qué diablos significaba todo aquello y pregunté:

—¿Por dónde?

Pat Davis me indicó una pequeña puerta abierta en el muro fronterizo, que yo no había visto al entrar.

—Suba por ahí y no perderá, hermano. ¡Ah! No haga enfadar mucho al jefe. Es… un consejo de amigo. ¿No es cierto, Dan? Puede resultar peligroso para e míster, ¿verdad?

Sentí que un estremecimiento recorría mi espalda pero me dominé. Después me encogí de hombros filosóficamente y avancé hacia la puerta que aquel gorila me señalaba.

Empecé a subir los peldaños uno a uno, lentamente pensando en mi automática, y también en la identidad del hombre que llevaba aquel sucio negocio, y que posiblemente estaría complicado en el asesinato de Croyden.

Pero ¿qué conexión existía entre los dos? No pude contestarme a esa pregunta y deseé que Paul hubiera averiguado algo, aunque a juzgar por lo que me estaba ocurriendo y según mis lúgubres pensamientos, yo no iba a enterarme de ello.

CAPÍTULO V

Logan:
Martes, doce noche.

Eran las doce en punto de la noche cuando terminé de subir la escalera. El pasillo que tenía ante mis ojos era amplio, estaba pintado al duco de un color verde pálido, y alumbrado profusamente con tres valiosas lámparas de lágrimas.

Avancé por él, y tres pasos más adelante comprendí por qué el «gangster» me había dicho abajo que «no perdería», y eso que había más de una docena de puertas a ambos lados de éste.

Había un hombre frente a una de ellas. Vestía un bien cortado traje de etiqueta, pero su cara era brutal, y sus ademanes propios de un cargador del muelle. Una carroña más vestida como un «*dandy*».

A éste sí le reconocí. Se trataba de Phil Vance. Y al hacerlo, supe quién era el hombre que explotaba en aquel lujoso local todos los vicios humanos, todas las lacras sociales.

Lentamente me acerqué al «gangster». Éste me miró de arriba abajo y no sonrió cuando dije:

—Hola, Vance. El jefe me espera.

Volvió a mirarme, y luego dio una vuelta repentina y desapareció en el interior de la habitación.

Confieso que mientras estuve esperando, cinco minutos escasos, según mi reloj, no las tenía todas conmigo.

Al fin Vance apareció. Me indicó con un gesto la puerta, mientras decía sonriendo ahora, cosa que me escamó aún más que su anterior seriedad:

—Puede pasar, míster Logan. El jefe le espera.

Pasé. Apenas traspuse el umbral supe que no me había equivocado. Joe Adastra se encontraba allí. Pero no solo. Sus dos guardaespaldas personales estaban con él.

Mike Prentis, alto y huesudo, de pelo ralo, ojos negros y cara de hurón.

Luke Harris, bajo y rechoncho, con cara de bestia, escaso pelo y ojos grises y fríos como el acero.

Los dos me miraban mientras avanzaba hacia la mesa tras la cual se sentaba Adastra, aparentando una tranquilidad que no sentía. No por miedo, ya que en caso de lucha, siempre que fuera con los puños, tendrían que sudar antes de reducirme. Pero ellos tenían pistolas y yo no.

Me detuve frente a él y miré sus ojos saltones como los de un besugo. El pelo negro blanqueando ya en las sienes, y su voluminosa anatomía.

Puse las manos sobre la mesa y me incliné hacia él. Detrás de mí, los dos matones se movieron nerviosos.

—Me dijeron que me estaba esperando, Adastra —dije con voz que se me antojó firme.

El asintió con la cabeza sin dejar de mirarme de hito en hito. Finalmente volvió los ojos hacia sus dos secuaces.

—Salid fuera. Es un amigo… por ahora.

No se me escapó la intención de sus palabras, pero no tuve más remedio que pasarlas por alto.

—Pero, jefe…

—Largo, Harris. Si os necesito ya os llamaré.

Oí cómo salían a regañadientes y luego, cuando la puerta se cerró tras ellos, vi cómo Adastra clavaba sus ojos fríos en mí. Entonces, cosa extraña, sonrió.

—Siéntese —dijo, indicándome con un gesto una da las butacas que había frente a la mesa.

Le miré durante un par de minutos, luego me quitó el sombrero, que coloqué a un lado en la mesa, y me arrellané cómodamente mientras Adastra sacaba una lujosa tabaquera y me la ofrecía.

Procuré sonreír, denegando con la cabeza.

—Lo siento —dije—. Pero no fumo cigarros. Si me permite, prefiero mío de mis cigarrillos.

No tenía nada que objetar y lo encendí preguntándome una vez más para qué me querría. Pero me tragué mi curiosidad y nada dije.

No sé cuánto duró el silencio que nos envolvía, hasta que Adastra se decidió al fin a hablar. Y empezó con una pregunta:

—¿Por qué ha venido aquí, míster Logan?

Me encogí de hombros.

—No me creerá si le digo la verdad, Adastra —repliqué.

—¿Por qué no voy a creerle a usted?

—Qué sé yo…

Y acto seguido le conté cómo fui recogido por la muñeca rubia en la esquina de la Octava Avenida.

Terminé:

—Creo que esa chica cometió una equivocación. Sé que estaba esperando a otro que confundió conmigo. Me dejé llevar porque siempre me gustaron las mujeres hermosas, y ella lo es mucho.

Al parecer, Adastra no tenía nada que decir, ya que antes de que contestara pasaron por lo menos tres o cuatro minutos. Pero cuando al fin lo hizo, comprendí que me equivocaba.

—¿Por nada más, míster Logan?

Le miré a los ojos. Seguía sonriendo.

—Nada más, Adastra —repliqué—. Ya le dije que no me creería. Siendo así, voy a preguntarle algo… ¿Quiere usted decirme entonces para qué he venido?

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Confieso que no lo sé… aún. Pero me chocó el asunto. Por eso le mandé llamar. Escuche, Logan —ya no me llamaba míster—. Usted es un pesquisa… un fisgón, y está en buenas relaciones con la policía. Comprenderá que el verle por aquí me ha dado qué pensar. No es que yo tenga que ocultar nada… aparte del juego, claro —y sonrió más ampliamente aún—. ¿No busca nada, Logan?

—¿Qué podría buscar, Adastra? —pregunté a mi vez.

—No lo sé, y eso es lo que me molesta.

A estas palabras siguió un extraño silencio, mientras yo me preguntaba qué, sucedería, y qué actitud adoptaría con respecto a mí.

—¿Habló usted con la muchacha?

Le miré fijamente.

—¿Qué muchacha?

—Lorna Home. Esa rubia que le trajo a usted.

En el acto me pregunté dónde quería ir a parar.

—Si —repliqué al fin.

Al punto vi cómo en sus ojos brillaba el interés.

—¿Qué le dijo, Logan? ¿De qué hablaron ustedes?

—Del tiempo —mentí—. Y de lo mucho que le gustaba nadar, sobre todo de noche —lo que era verdad aunque sólo en parte—. La invité a cenar, pero alegó que por las noches solía tener mucho trabajo.

Pensé, pero no lo dije, que Joe Adastra tenía un buen anzuelo con aquellas jovencitas, de curvas provocativas y maravillosas, actuando al volante y atrayendo a los clientes hacia aquel antro del vicio. Pero en mi profesión hay que saber callar a tiempo, y por eso precisamente guardé mis pensamientos para mí solo.

—¿Nada más, Logan?

Sabía que tenía que enfurecerme, que el momento había llegado. Lo hice a conciencia.

—¿Qué diablos está tratando de hacerme entender, Adastra? ¿Cómo quiere que le diga que me dejé llevar solo porque esa muñeca rubia es endiabladamente hermosa? ¡Tómelo o déjelo, pero decídase pronto! Es tarde y tengo prisa.

Adastra me miró largo rato. Yo sabía que estaba luchando consigo mismo y me prometí, si salía con bien de allí, no volver más por el casino, pero vigilar sus pasos todo cuanto pudiera.

Sabía que esto mismo lo había hecho la policía durante cierto tiempo. Puede que también ésta supiera la existencia de aquel negocio y le estuvieran dando cuerda hasta ver si se ahorcaba con ella.

Le miré. Adastra seguía pensativo, y no me miraba. Sus saltones ojos estaban fijos en un punto inconcreto del lujoso despacho. Yo sabía que estaba analizando todas y cada una de mis palabras.

Tensé todos los músculos ante la descabellada idea que se me acababa de ocurrir. Según lo que dijera, pensé, me lanzaría sobre él. Era mucho menos fuerte que yo y, por tanto, me sería fácil dominarle. Si podía arrebatarle la pistola, él me serviría de escudo hasta que alcanzara Nueva York, ya que había pensado llevarle conmigo, al menos como rehén hasta que sus hombres me dejaran tranquilo.

Pero no hizo falta. Adastra clavaba ahora sus ojos en mí y estaba diciendo, interrumpiendo con sus palabras mis pensamientos:

—Voy a creerle por ahora, Logan… Y lo seguiré haciendo, siempre que no se busque complicaciones olfateando por aquí.

También quiero que deje en paz a Lorna, aunque para usted sea una hermosa muñeca rubia. Invite a cenar a otra chica y la cuanta, al final, le resultará más barata.

Me puse en pie aliviado, y me apresuré a decirle que así lo haría, sin darle a entender que mentía como un bellaco.

Adastra debió pulsar algún botón que posiblemente habría, disimulado en el tablero de la mesa, ya que súbitamente se abrió la puerta, dando paso a Prentis y Harris.

Ambos me miraron como si quisieran comerme, y vi el estupor en sus rostros innobles cuando Adastra dijo, dirigiéndose a ellos:

—Sigue siendo un amigo… aún. Por tanto, puede salir. Tú, Harris, acompáñale hasta la puerta de la calle. Si no hay un automóvil a punto para llevarle, puedes; hacerlo tú mismo. Toma mí «Buick», pero ten cuidado con él.

Harris me miró de pies a cabeza, hizo una mueca y dijo secamente:

—Vamos, pesquisa. Tiene suerte de que el jefe…

—Cierra el pico y haz lo que te digo, pero sin comentarios, Harris. Eso es siempre bueno para la salud.

Salí delante, sintiendo un cosquilleo en la espalda, pero no pasó nada. Alcancé el pasillo y miré a Vance, que seguía apoyado indolentemente junto a la puerta del despacho del omnipotente Joe Adastra.

No me miró al pasar, pero estoy seguro de que lo hizo hasta que me vio desaparecer escaleras abajo, siempre seguido por Harris, y por la automática que éste empuñaba en el bolsillo.

Alcanzábamos la puerta cuando detrás de mi oí un, rápido taconeo. Antes de que pudiera volverme, una mujer se me colgó del brazo.

—Voy con usted —dijo.

Sin mirarla supe que era ella. «Color caoba» se cogía familiarmente a mí. ¿Qué buscaba? ¿Era una enviada de Adastra?

Miré a Harris. El rostro del «gangster» estaba impasible. Yo me detuve para mirarla a ella, y entonces Harris habló:

—Vamos, pesquisa —dijo—. Estoy deseando perderle de vista.

Me planté firme sobre mis pies y cerré los puños.

—Adastra dijo que guardara los comentarios para usted, Harris. Hágalo o le romperé los dientes de un trompazo.

Retrocedió un paso y me miró como si yo fuera un bicho de especie desconocida. Luego enseñó sus dientes manchados de nicotina en una mueca que quiso ser una sonrisa.

—Usted, ¿y cuántos más, Logan? —preguntó.

—Yo solito, hijo —repliqué suavemente, notando cómo Ruth me apretaba el brazo con una mano que se me antojó sumamente tibia.

Hizo una mueca despectiva y no contestó. Salimos.

No había más automóvil que el «Buick» de Adastra, y yo tampoco pude ver nada más. De manera que si el «gangster» había mandado asesinar a Joe Croyden, se preocupó ante todo de esconder el «Mercury» que habían utilizado.

Harris estaba lanzando ahora maldiciones. Por lo visto, la perspectiva de darse un paseíto hasta Nueva York y luego regresar no era de su agrado.

—Vamos, suban —dijo secamente.

Y seguí sospechando más que nunca de Ruth, cuando Harris no hizo alusión ni objetó nada a que ella me acompañara.

Ya en la carretera, encendió los faros y preguntó:

—¿Dónde les dejo?

Había cesado de llamarme pesquisa y eso me alegró, regocijándome interiormente.

—A casa de *miss* Larkin —contesté—. Desde allí ya me las arreglaré para ir a la mía.

Eran más de las dos de la mañana cuando el «Buick» conducido por Harris entraba en Nueva York, encaminándose rectamente hacia el Distrito V. Times Esquare, donde vivía Ruth.

Descendí del automóvil y la ayudé a bajar, procurar, de ahora no mirar donde no debía, ya que Harris aún estaba presente, detrás del volante, y con los ojos clavados en nosotros.

Ella abrió la puerta de la escalera mientras yo, parado inmediatamente detrás suyo, sin dejar de mirarla oía cómo Harris arrancaba velozmente, marchándose sin despedirse siquiera, el muy ingrato.

Ruth se volvió hacia mí. Se acercó tendiéndome su mano pequeña, de dedos largos y bien cuidados, cubiertos de laca roja, dedos que estaban acostumbrada a la manicura, pero yo no me conformé con tan poco.

Súbitamente la tomé de la mano, tiré, y ella vino sólita a mis

brazos. La besé en la fresca boca y ella no se movió en el largo minuto que duró mi beso.

Jadeaba cuando la aparté suavemente. Estaba ahora completamente inmóvil, mirándome a los ojos, con una extraña expresión en los suyos. Su hermoso busto marcaba el agitado compás de su respiración, y desee más que nunca repetir el experimento.

Pero «color caoba» no me dio tiempo, ya que súbitamente lanzó un suspiro, aspiró aire y dijo:

—¿Acostumbra a comportarse siempre así con una dama?

Reí silenciosamente.

—Sí. Cuando es hermosa y merece la pena —repliqué.

Ella quedó unos cuantos segundos pensativa.

—Entonces no le molestará que la dama haga esto, ¿verdad?

Antes de que me diera cuenta de lo que quería decir, recibí las dos mayores bofetadas de toda mi vida. Mi sombrero rodó por el suelo y me incliné a recogerlo.

Cuando me levanté, ella seguía mirándome y pude apreciar que había burla y regocijo en sus ojos.

CAPÍTULO VI

Logan:
Miércoles, diez y treinta mañana.

Alcancé la oficina a las diez y treinta de la mañana. Un taxi me llevó allí. Lo hice pensando en Ruth, es sus dos bofetadas, y sobre todo en mi estupidez al no recordar que me había dejado la automática en el antro de Adastra.

Tenía forzosamente que ir por ella, parte porque no teñía otra, y parte también, ésta la principal, porque con ella se podía cometer cualquier desaguisado, y yo sabía lo que esto supondría para mí si la policía intentaba cargarme el muerto.

Al pensar en el muerto lo hice también en Paul. ¿Habría averiguado algo de lo que le encargué?

Me metí en el ascensor con la velocidad de una bala. Susan estaba donde siempre, detrás de la máquina de escribir, tan provocativa y hermosa como de costumbre.

Por eso yo no tuve ningún inconveniente en acercarme y besarla. Al menos ella no me pagaría con un par de fenomenales bofetadas.

—Hola, jefe. Buenos días —dijo.

Y me ofreció los labios. Luego se apartó de mí e indicó:

—Hoy viene más tarde que nunca —sonrió con la boca y los ojos, se arregló un rizo de la frente mientras se abanicaba con las pestañas, y se retrepó contra el respaldo de la silla con toda la actitud de una gatita mimada—. Si me promete un aumento de sueldo le diré algo interesante —dijo después.

La miré y me acerqué más. Intuyó algo y se deje besar de nuevo.

—¿Qué es ello, Susan? —pregunté—. Ande, y no sea mala. Cuéntemelo.

—El caso es que no lo sé, míster Logan —declare con toda

frescura—. Sólo puedo decirle que Paul he estado telefoneando desde las nueve de la mañana.

Maldije a Paul por su inveterada costumbre de levantarse temprano.

—¿No ha dicho nada, Susan?

—No. Sólo que volvería a llamar. No creo tarde mucho en hacerlo.

Me volví hacia la puerta y caminé hacia ella: Cuando la tocaba, a mi espalda sonó la voz de Susan:

—¿Qué hay de ese aumento de sueldo?

Me volví un poco para mirarla.

—Se lo concederé cuando se case conmigo, Susan —repliqué.

Ella soltó una risita.

—Entonces, adiós el aumento. Voy a tener que adoptar otras medidas con usted, jefe.

No oí la terminación de la frase. Había cerrado la puerta a mi espalda.

La correspondencia que tenía en la mesa de mi despacho carecía de importancia. Por lo tanto, me senté reclinándome contra el respaldo del sillón y, lo mismo que un detective de película, puse los pies sobre la mesa y miré al teléfono.

En vista de que no llamaba con la premura que yo esperaba, después de que Paul lo hubiera hecho durante toda la mañana, según Susan, procurando contener mis nervios, para no llamarle yo, con objeto de que no creciera la minuta de gastos que éste me enviara a no tardar, encendí un cigarrillo y aspiré el humo con deleite durante un par de minutos.

Y me di a pensar en aquel extraño caso, en «color caoba» y sobre todo en la muñeca rubia, y como consecuencia de esto, en Joe Adastra.

Cuando mis pensamientos amenazaban en convertir mi cabeza en un caos, el teléfono de fuera sonó de manera insistente. Conecté el dictáfono y esperé no más de tres segundos antes de que oyera la voz de Susan:

—«Okey», jefe. Paul está al aparato. Se lo paso ahí.

Tomé el auricular y en el acto oí la voz de Paul.

—Hola, gandul —fue su primer saludo—. Creo que de averiguado algo.

Reprimí mi impaciencia.

—¿Algo importante, Paul?

—Juzga por ti mismo. —Hizo una larga pausa y finalmente añadió—: Ya sé quién es el tipo que mataron con el automóvil. Croyden vive, o vivía, en Madison Avenue. Tiene un apartamento allí. Es soltero y está relacionado de alguna manera con Adastra. Respecto a estas relaciones no he podido averiguar nada aún, pero a mi entender se trata de negocios. Pero de negocios turbios, como todo lo que toca Adastra. Tal vez rompió con él, o le amenazó con algo, luego sintió miedo de lo que había hecho y fue a ti, posiblemente porque Adastra sabría algo sucio de Croyden y le amenazó con revelarlo si no accedía a sus manejos. En fin, eso es cosa tuya.

Paul calló mientras yo pensaba.

—¿Cómo has averiguado eso, Paul? —pregunté al fin.

Oí una risita al otro lado del cable.

—Escucha, hijito —me replicó Paul, en tono paternal—. Croyden tenía una amiguita en Columbus Circle, en el número quinientos once, décimo piso «A». Te sugiero que vayas a verla. Estoy aquí Paul soltó un largo silbido que yo interpreté a su debida manera. —Una amiguita que trabajaba con Adastra haciendo de taxista por las noches. ¿Sabes algo de esa sala de juego que posee en la carretera?

Contesté sin vacilar, mintiendo con todo cinismo:

—No, no tenía la menor idea. ¿Qué dice la policía a esto, Paul?

—También lo sabe. Pero hacen la vista gorda. Hace tiempo que vigilan a Adastra esperando que dé un resbalón… y puede que ahora, con la muerte de Croyden, lo haya dado.

Rápidamente, tomé una decisión.

—Escucha, Paul —dije—. Pon a uno de tus hombres tras los pasos de esa chica. Me refiero a la que fue amiguita de Croyden. Procura no perderla de vista ni un solo segundo. ¿Algo más?

—Tengo un hombre tras ella, ya que supuse que me pedirías eso. ¿Continúo investigando?

—¡Claro, sabueso! Telefonéame esta tarde a eso de las cinco. Si yo no estoy, pásale el recado a Susan. Ahora dame otra vez las señas de esa dama, Paul.

Me las dio y las anoté en mi agenda. Tres minutos después

colgaba el auricular.

Permanecí pensativo durante unos cuantos segundos y luego tomé la cartera de cuero que había encima de la mesa. Quité de ella todos los papeles que contenía y llamé a Susan.

Mi secretaria entró contoneándose. Se paró muy cerca de mí, y advertí el perfume suave y discreto que usaba. Respiré hondo.

—Ayúdeme, ¿quiere?

—¿A qué, si puede saberse?

—A meter en esta cartera todos los papeles de propaganda que nos han enviado durante estos últimos tiempos. Pero sólo los que traten de asuntos domésticos, ¿sabe? Y que estén nuevos. Nada más.

Susan me miró con gesto suspicaz.

—¿Va a convertirse en representante de alguna de mis casas, jefe? —preguntó en tono irónico.

Pero al mirarla vi que sus ojos estaban serios.

—Algo de eso, bombón —dije sin sonreír.

Terminamos un cuarto de hora más tarde, y después de lanzarle un beso con los dedos marché a ver a la dama.

El «Cadillac» que había recogido del garaje donde lo guardaba, me condujo a través del endiablado tráfico de la calle hasta Columbus Circle.

Estacioné en un lugar cercano al inmueble indicado y fui rectamente al ascensor, no sin haber visto antes, de pasada, la figura del hombre que puso Paul para que vigilara a Marian O'Hara.

Si éste estaba allí, la chica indudablemente no había salido de su apartamento.

Tres minutos más tarde, el ascensor se detenía en el décimo piso. Busqué el apartamento «A», siempre llevando la cartera en la mano, y pulsé el timbre.

Insistí varias veces más, hasta que ella abrió la puerta. Al verla sentí un vacío en el estómago. Indudablemente, el difunto Croyden era un hombre de gusto.

La muchacha era bastante joven. Apenas unos veinticinco años, y endiabladamente hermosa. Una singular belleza morena. Comprendí que venía de la ducha, ya que llevaba aún puesto el gorrito de baño.

Sus formas, hechas por el propio diablo, estaban cubiertas por una ligera bata casera, completamente desabrochada y anudada a

sus estrechas caderas por un enrollado cinturón.

Clavó sus ojos negros en mí, mirándome fríamente.

Casi al instante me soltó dos preguntas con la velocidad de una ametralladora:

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

Puse cara de tonto y preparé el pie.

—Mi nombre no hace al caso, *miss*. Represento a los «Grandes Almacenes Madison» y he veni…

Como había previsto, me interrumpió secamente:

—Lárguese. No necesito nada.

Y me dio con la puerta en las narices. Mejor dicho, intentó darme con ella, pero no lo consiguió. Mi pie, ya preparado, se introdujo entre ésta y el marco.

Forcejeo ella, echando chispas por los ojos.

—¡Váyase! ¡Lárguese de una vez!



—¡Váyase! ¡Lárguese de una vez...!

—Pero, *miss*. Yo… —balbucí.

—Lárguese o gritaré. Le he dicho que no necesito nada. ¿Me oye?

Era terca, no podría hablar con ella. Había fracasado al hacerme pasar por un representante. Pensé en decirle mi verdadera

profesión, pero esto tal vez fuera aún peor sí, como decía Paul, ella trabajaba para Adastra.

Esto me dio una nueva idea y la puse en práctica cuando ella ya abría la boca seguramente para gritar o llenarme de improperios.

—Será mejor que no grite y me deje pasar, hermana —dije fríamente—. Vengo de parte de Adastra.

Acerté. Ella dejó instantáneamente de hacer presión sobre la puerta. Me miró agrandando los ojos y luego, sin apartarse, musitó:

—No le conozco a usted.

—Pero yo a ti, sí —la tuteé—. Déjame pasar, pimpollo. ¿O no eres tú Marian O'Hara? La amiguita de Jim Croyden. Le quitaron de en medio, ¿verdad, dulzura?

Estaba asustada. Sus ojos me lo dijeron mucho antes de que se apartara de la puerta, franqueándome la entrada.

Cerró tras de mí, pasó el cerrojo mientras yo miraba alrededor. Y seguí mirando en torno cuando ella me llevó al «*living*», dejándose caer materialmente sobre el sofá, con lo que la bata se abrió en dos y yo miré instintivamente hacia el mueble-bar, situado en uno de los rincones, deseando algo fuerte.

—¿Quién es usted? —musitó.

No hacía caso de la falda y yo respiraba con dificultad. Procurando no sentirme atraído por su hermosa anatomía, clavé mis ojos en los suyos.

—Antes de empezar, dulzura —dije—, creo que será mejor que te levantes y me pongas algo de beber.

—Pero es que… —Intentó protestar.

Sabiendo que se estaba recobrando de su primera impresión, la atajé:

—Ponme algo de beber, querida, y sírvete tú también. Pero que sea fuerte. Tengo la idea de que te va a hacer falta.

Me miró durante unos segundos atentamente y palideció un poco. Al parecer, los palos de ciego que estaba dando, acertaban en ella. Puede que supiera el porqué de la muerte de Croyden, o al menos lo que tenía éste.

Al fin se levantó y fue al mueble-bar. No la perdí de vista ahora, ya que la falda de la bata estaba donde debía estar. Pero ella no hizo ni un solo ademán que resultara sospechoso.

Volvió a mí llevando en la mano dos vasos más que mediados de

whisky. Silenciosamente los puso encima de la mesita que había a mi lado, mientras yo la miraba atentamente, y regresó de nuevo al mueble-bar en busca de la soda.

La falda no se estuvo quieta mientras avanzó de nuevo hacia el sofá y yo tomé rápidamente mi vaso y bebí un trago. Me miraba y yo a ella. Por eso la vi sonreír y comprendí el porqué.

Tenía una hermosa sonrisa. Casi tan hermosa como su figura y sus bien torneadas extremidades.

Se sentó.

—¿Y bien? —preguntó, tomando el vaso, con cuyo movimiento hizo que la falda hiciera de nuevo de las suyas, obligándome a clavar mis ojos en la pared opuesta—. ¿Qué quiere Adastra de mí?

Me encogí de hombros y me decidí a mirarla, pero a los ojos. Deseaba ver en ellos si le impresionaban o no mis palabras.

—Lo de Adastra fue solo un subterfugio para poder hablar contigo, bombón —dije valientemente, mostrándole en el acto una de mis tarjetas profesionales.

La tomó de mis manos con la suya que temblaba un poco y luego la dejó en la mesita, al lado de su vaso. Me miró de pies a cabeza, y después echó la suya hacia atrás.

Habló mirándome con los ojos entornados, velados por sus tupidas y largas pestañas:

—Así que usted es… Es uno de esos pesquisas. Uno de esos que se dedican a fotografiar cosas sucias y demás.

No me gustaron sus palabras, pero no tuve más remedio que callar si quería sacar algo en limpio de aquella morena, hermosa como una gata de Angora y peligrosa, según mi modesta opinión, como una pantera o un tigre de Bengala.

Para afirmarme aún más en mis ideas, estaba la postura que ahora había adoptado en el sofá, después de sus palabras.

—Pues, sí… —dije, dándole en parte la razón—. Pero yo no tengo la culpa de que la gente haga cosas sucias… como para ser fotografiadas.

Hubo otra pausa que duró sus buenos cinco minutos, en los cuales la vi beber casi hasta apurar el *whisky* que contenía el vaso.

CAPÍTULO VII

Logan:
Once cuarenta y cinco mañana.

—¿Qué quiere saber, pesquisa? —preguntó de súbito.

Por el tono en que fue formulada la pregunta, comprendí que se había recobrado del todo.

—Algunas cosas —repliqué—. Tú eras amiga de Croyden, ¿verdad?

Asintió con un tenue movimiento de cabeza, y yo aventuré otra pregunta aún más difícil:

—¿Amiga íntima?

—Sí. ¿Qué tiene que ver esto con su muerte?

—Eso es lo que trato de averiguar, y tú debes saberlo.

—Yo no sé nada. Jim no me contaba sus cosas cuando estaba conmigo —replicó, cosa que yo puse en duda en el acto.

—Puede ser, dulzura —dije—. Pero a Croyden le liquidaron. Escucha, nena. No me voy de aquí hasta que no consiga averiguarlo todo. Minutos antes de morir, Croyden fue a buscarme y pagó para que yo hiciera algo por él. Me contó algunas cosas. Él me dijo algo de su chica. De ti, Marian… —Vi temor en sus ojos y seguí atacando, no deseando que se diera cuenta de que estaba mintiendo con toda mi alma—. Pero se olvidó de algo importante, querida. —Y entonces solté la pregunta—: ¿Cuáles eran sus relaciones con Adastra?

Se puso en pie mirándome fijamente mientras se acentuaba el temor de sus ojos.

—No lo sé. ¿Cómo puedo saberlo?

Di varios pasos hacia ella y me detuve rozándola. La empujé haciéndola caer sobre el sofá. Entonces no me preocupé de sus hermosas piernas, ni de si su falda estaba o no en su sitio.

Me incliné sobre su cara, hasta que su aliento me dio en el rostro.

—Será mejor que te metas esto en la cabeza, nena —dije, mascando las palabras—. Yo no tengo ningún derecho a estar aquí, ni a preguntarte en forma oficial. Puedes hablar o callar. Pero si callas, iré con lo que sé a la policía. El sargento O'Connor no será tan suave como yo. ¿Qué contestas, bombón?

Se puso en pie rozándome, no sé si deliberadamente o no, aunque pronto iba a tener la seguridad al comprobarlo personalmente. Había miedo en sus ojos, ya que al hacerlo ella yo también me enderecé, y por lo tanto quedamos los dos frente a frente, con las caras rozándose.

Le costaba trabajo dominarse. Pero podía más el miedo en ella que el poco deseo que pudiera tener de ayudarme.

—Puede ir al diablo, pesquisa —dijo en un susurro—, e ir con el cuento a la «poli». Yo no sé nada y nada puedo decir.

—De acuerdo, bombón —dije, sabiendo que por lo pronto todo sería inútil—. Pero nos veremos, y muy pronto. Puede que me decida a llevarte al cine alguna noche. Me gusta hablar contigo, querida. Resultas muy interesante, y tienes miedo de Adastra. Algún día, si te dan tiempo, me dirás por qué.

La enlacé por la cintura y la besé en los labios, sin saber por qué lo hacía.

Y entonces ella corroboró todas mis sospechas sobre su carácter y peligrosidad, ya que se convirtió en menos de un segundo en una pantera.

Antes de que mis labios se separaran de los suyos había recibido cinco patadas en la espinilla. La solté saltando como un poseso y entonces recibí un bofetón.

El único que pudo darme, ya que preferí recoger apresuradamente el sombrero, que me quité al entrar en el «*living*», y hacer mutis por la puerta, cojeando y resollando como un fuelle.

Mientras esperaba el ascensor volví la cara hacia atrás. Marian estaba en la puerta del apartamento, con la falta abierta, sugestiva y provocativa como nunca. Pero en sus ojos había odio hacia mí… ¿Era por el beso o por las preguntas?

El ascensor estaba allí y me metí dentro apresuradamente. Estaba viendo en la expresión de ella que iba a salir al pasillo y

formar una escena en él.

Por tanto, pulsé el botón de la planta baja y rápidamente puse los pies en polvorosa.

Había varios coches y algunas personas alrededor de la piscina cuando detuve el «Cadillac» frente al granero, pensando en cómo le sentaría a Adastra verme de nuevo por allí.

Descendí del automóvil y al hacerlo me di cuenta de que la casa estaba silenciosa y sombría. Me acerqué a la puerta, buscando en ella cualquier cosa para llamar.

Había el botón de un timbre y lo pulsé pensando en Marina y en «color caoba». A excepción de ti, Susan, todas las demás se mostraban difíciles.

Con este pensamiento en la mente, desgraciado para mí, claro, volví a apretar el botón del timbre. Tuve que hacerlo varias veces más antes de que la gran puerta se abriera, enmarcando en el umbral la figura del «Gángster» que me recibió la noche anterior.

Lancé una mirada hacia atrás antes de que él empezara a hablar. El movimiento en la piscina era cada vez más intenso. Confieso que me chocó.

Luego me encaré con el «gangster», mientras éste decía:

—Adastra dijo que no le quería ver más por aquí, míster Logan.

Sonreí como debe hacerlo un conejo.

—Adastra, o uno de sus hombres, se olvidó devolverme algo de mi propiedad, anoche cuando me fui. Supongo que lo recordará.

El «gangster» me miró inquisitivo. Luego dio media vuelta, cerró la puerta a su espalda y yo esperé con la vista clavada en la piscina. Al parecer habían sacado algo de ella, ya que estaban todos juntos, formando un compacto grupo, inclinados hacia el suelo.

—Tome su pistola y lárguese, míster Logan.

Me volví rápidamente, dejando de pensar en la piscina. El «killer» me la entregaba llevándola cogida por el cañón, mientras con la otra mano me daba la pistolera.

Me la coloqué en la axila en contados segundos y respiré satisfecho. Luego fui a hacerle una pregunta, pero él había retrocedido y ahora estaba cerrando la gran puerta.

Encogiéndome de hombros subí al «Cadillac» y lo enfilé hacia la piscina. Llegando ya, descubrí la ambulancia, y más cerca aún vi que los automóviles pertenecían a la Brigada de Homicidios. Yo

sabía que aquel distrito estaba fuera de la jurisdicción del sargento O'Connor y por eso continué acercándome.

Nadie pareció reparar en mí cuando descendí del vehículo y caminé a pie las pocas yardas que me separaban del uniformado grupo.

Desde mi estatura, logré ver el bulto del suelo. Vi su cabello rubio desparramado sobre sus hombros desnudos. La estaba viendo en «maillot», tal y como deseó la noche anterior. Pero no de aquella manera.

Mi muñeca rubia ya no nadaría más. Ya no llevaría a nadie por aquella carretera hacia la casa de Adastra. Estaba muerta. Ahogada. ¿Accidente o asesinato?

Antes de que llegara a contestarme a esto me vieron. Uno de los agentes de uniforme se acercó a mí.

—¿Quién es usted? —preguntó en tono brusco, lo que motivó que ahora todas las miradas se centraran en mí.

Por toda contestación saqué una de mis tarjetas y se la mostré.

La leyó atentamente lo menos un par de docenas de veces antes de encararse de nuevo conmigo.

—No me gustan los aficionados a policías —dijo secamente—. Suba a su coche y márchese.

Sonreí para mis adentros, a pesar de que no tenía ganas de hacerlo. Luego me permití una pregunta, aunque intercalé antes una frase:

—Pasaba por aquí y sentí curiosidad, mariscal. ¿Se suicidó?

El rostro del agente se congestionó al oírse llamar mariscal. Me miró como si quisiera asesinarme y replicó, con más brusquedad aún:

—Seguramente vino a nadar esta madrugada. Debió sentir algún calambre o malestar, no pudo ganar la orilla, ya que la piscina es grande, y se ahogó. ¿Satisfecho?

—Sí.

—Pues lárguese. Aquí no tiene nada que hacer.

—Está bien, agente —dije, mostrándome ofendido por su poca consideración—. Ya me voy.

Me volví de espaldas y desanduve lo andado hacia el «Cadillac», mientras sonreía ladinamente, ya que eso era lo que yo quería. Alejarme de allí para evitar preguntas indiscretas. ¡Pobre muñeca

rubia!

Esto lo pensé volando materialmente sobre la ancha pista de la carretera camino ya de Nueva York, pensando en que no había desayunado aquella mañana, y en encaminarme al bar de Sheridan para comer algo.

El esplendoroso bombón que tenía Sheridan por esposa, a pesar del aspecto de él, merecía todos mis elogios, no sólo por su hermosura, sino también por su cocina.

Al entrar miré en torno. Pero Ruth no estaba allí. Un poco decepcionado me senté en una de las mesas, y Sheridan salió de detrás del mostrador para atenderme.

—Caramba, míster Logan —dijo—. Hoy viene usted un poco tarde.

Asentí con la cabeza.

—Si —dije después—, y con un hambre de lobo. ¿Qué tiene por ahí?

Me lo dijo, y veinte minutos más tarde estaba comiendo. Después, y con el cigarrillo en los labios me di a pensar.

La muñeca rubia me había llevado al garito aquél por una equivocación. Eso era evidente, y yo había cometido otra al decirle a Adastra que había hablado con ella. Vi su inusitado interés cuando hice mención a ello.

Posiblemente Adastra la hizo matar creyéndola un peligro para él, al trabar conocimiento con un detective privado.

Entonces me acordé de O'Connor. Nada mejor que ponerme en contacto con él.

El sargento y yo habíamos colaborado juntos en algunos casos o así lo parecía. Por lo menos en éste iba a ser así, ya que mi idea era ir a la Morgue para ver el cadáver de la muñeca rubia. Quería, a ser posible, saber el resultado de la autopsia al mismo tiempo que la policía, y sabía que no podría ser así sin una autorización de ésta.

Claro que tendría que contarles algo. Pero sería bien poco si podía evitar lo contrario.

Con ese pensamiento me puse en pie. Pagué lo consumido y después de saludar con la mano a Sheridan salí de nuevo a la calzada. Esta vez fui a mi apartamento. Deseaba mudarme de traje, de sombrero, cambiar mi abrigo de entretiempo por el impermeable o la trinchera, ya que el día amenazaba lluvia, y ducharme un poco.

El agua de la ducha al caer sobre mi cuerpo me produjo una sensación de alivio y entonces comprendí que estaba cansado. Por lo tanto, cuando salí de ella después de secarme, y envuelto en el albornoz, me dirigí directamente a mi dormitorio.

Puse el despertador a las cuatro por si me quedaba dormido. Luego me acordé de Susan y Paul y marqué en el teléfono el número de mí oficina.

Pero Paul no había llamado. Le dije a Susan que volvería, a las cinco y que si ocurría antes algún hecho inusitado me llamara a mi apartamento y colgué.

Mi cabeza empezó a cavilar de manera atroz con lo cual no pude dormir. Ni la radio o la televisión logró hacerme olvidar el hermoso cuerpo sin vida de la muñeca rubia, la cara de Adastra, «color caoba», Susan y su petición continua de aumento de sueldo, el ensangrentado cadáver de Jim Croyden y las extrañas palabras que pronunciara en mi oficina.

Eran las tres y media cuando me levanté yendo al «*living*». Me tomé tres vasos seguidos de *whisky* antes de servirme un «Manhattan» como colofón.

Con este último en la mano me senté en el sofá y puse los pies sobre el sillón que tenía más cercano. Empecé a beberlo a pequeños sorbos. Ahora mis pensamientos eran todos para Ruth. ¡Lástima que sólo supiera dar bofetadas!

En fin, si no la encontraba al día siguiente en el bar de Sheridan, iría a buscarla a su apartamento. No deseaba en modo alguno perder el contacto con ella.

Sin saber por qué estaba seguro de que era una pieza más en aquel rompecabezas. Ahora lo que hacía falta era saber en qué lugar encajaba. Así como las otras piezas que poseía ya.

Encendí un cigarrillo, que arrojé al suelo mucho antes de terminarlo y me puse en pie.

CAPÍTULO VIII

Logan:
Miércoles, a las cuatro cincuenta, tarde.

Estaba besando a Susan cuando oí un discreto carraspeo a mi espalda. Ambos nos separamos un poco violentamente, y por primera vez vi a Susan ruborizarse.

Yo no pude hacerlo. Tal vez el estupor me lo impedía, porque Ruth estaba allí. A menos de dos yardas de nosotros dos, con un elegante bolso color rojo, y un hermoso conjunto de tarde, azul cielo, como vestido.

La falda cortísima, dejaba ver sus largas y hermosas piernas desde la misma rodilla. Las medias eran del más puro «nylon» y calzaba sus diminutos pies con unos zapatos de alto tacón, también azul cielo.

Tardé en recobrarme de la sorpresa menos de lo que esperaba. Ruth estaba seria, y sus ojos iban discretamente del rostro de Susan al mío, como preguntándose si era verdad lo que había visto, o quizá extrañada, porque después de aquello Susan no me diera un par de bofetadas por lo menos.

Salí de mi aturdimiento y fingí que no la conocía. Ella me comprendió al instante y sonrió cortésmente a mi pregunta:

—¿En qué puedo servirla, *miss*…?

—Larkin, Ruth Larkin. Usted es míster Cass Logan, ¿rió?

—Sí. Soy Cass Logan.

—En ese caso deseo hablar con usted.

Le indiqué con un ademán la puerta de mi despacho pairado.

—Puede pasar cuando guste, *miss* Larkin —dije—. Enseguida estoy con usted.

Miré el contoneo de sus caderas cuando se alejó en aquella dirección y entonces volví los ojos a Susan. Ella tenía el rostro

fruncido y la miraba también.

—Es muy hermosa —musitó volviéndose a mirarme.

No hice caso y empecé a dar órdenes después de consultar mi reloj.

—Son las cinco menos cinco, pimpollo —dije—. Paul no tardará en telefonear. Atiéndale usted, y de paso a través del dictáfono tome nota de lo que hable con esa prójima que está ahí dentro.

Ruth estaba sentada cara a la puerta cuando entré en el despacho, reclinada contra el respaldo de uno de los grandes sillones y con una pierna encima de la otra, sin preocuparse ni poco ni mucho de cómo había quedado su falda.

No se levantó al verme entrar, y no habló hasta que cerré la puerta a mi espalda. La miré con gesto interrogativo.

—No lo sabía. No sabía que usted era uno de ésos… —Parecía buscar la palabra y al fin escogió la que peor me sentaba—. Uno de esos pesquisas entrometidos.

—Sin embargo, usted busca uno, ¿no? Si no, no estaría aquí.

—Sí. Pero nunca pude imaginar que usted fuera Cass Logan.

—¿Dónde oyó hablar de mí, preciosa?

Frunció el ceño. Al parecer no le gustaban los piropos, lo que era una pena, ya que ella, por el contrario, me gustaba a mí a rabiar.

—En muchos sitios —replicó.

—Bien; ¿y qué quiere de Cass Logan?

—Estoy buscando empleo, y pensé que un hombre de la fama de Cass Logan me lo podría proporcionar.

La miré con asombro.

—¿Quién le ha metido esa idea bajo el pelo, hermana? —pregunté.

—Nadie. Pero yo necesito trabajar. Tengo estudios superiores. Sé vestir con elegancia, soy una buena taquimecanógrafa —se puso en pie haciendo revolotear la amplia y corta falda—. Pero ya veo que tratándose de usted no hay nada que hacer. Tiene una secretaria muy hermosa a la cual, y según he visto, la unen relaciones muy cordiales.

—Si es por eso no se preocupe, *miss* Larkin —dije—. Puedo besarla a usted también y así no se sentirá tan celosa.

Crispó el rostro, que se le coloreó un poco, antes de decir:

—¡Váyase al diablo, Logan!

Le di las gracias cortésmente, y viendo que ella avanzaba decidida hacia la puerta, pregunté:

—¿Qué clase de empleo busca?

Se detuvo en seco y giró tan rápidamente hacia mí que la falda trazó una perfecta circunferencia casi a la altura de su cintura.

Volvió a sentarse y cruzó las piernas bajo su cuerpo. Entornó los párpados para mirarme.

—Quiero ser su ayudante, al menos por una temporada. —Y ante mi asombro, que debía de reflejarse en mis ojos, añadió aprisa, no deseando ser interrumpida—: Verá, se trata de lo siguiente. Según los diarios de la tarde, ha muerto en la piscina de Adastra una muchacha a la cual me unía mucha amistad…

Aquello me interesó, por supuesto. Ahora hacía falta saber si ella estaba utilizando un truco conmigo, o sencillamente, y a pesar de mis sospechas, decía la verdad. Por eso no la interrumpí, y prosiguió:

—Los diarios dicen muy poco de esto. Adastra es un mal bicho… Sé que la policía le tiene muy vigilado hace tiempo, pero que aún no ha conseguido nada. Juego, tráfico de drogas, trata de blancas, contrabando de objetos robados… En fin, ése es Joe Adastra. Ahora falta probarlo y yo puedo hacerlo. Pero necesito tener guardadas las espaldas. ¿Comprende?

Dije que sí para animarla, pero estaba mintiendo.

Luego pregunté:

—¿Sospecha que la muerte no fue natural?

Me miró a los ojos durante unos segundos que fueron siglos.

—Si —dijo quedamente.

Y entonces me di cuenta de que estaba más afectada de lo que parecía.

—¿Por qué?

—Escuche esto y verá cómo me da la razón. Lorna Horne era una buena nadadora. Lo mejor que yo he visto en los años que tengo. Por eso me extraña que fuera a ahogarse en una piscina cuya profundidad no excede de los dos metros.

La miré pensativo.

—Sí, es extraño —dije.

—Mucho. Los periódicos apenas comentan la noticia, como ya le dije. Esto es lo que más me extraña del asunto. Estoy segura de que

ella vio u oyó algo, lo comentó como una tonta y Adastra la mató.

Sabía el verdadero motivo de lo que estaba diciendo y, sin embargo, fingía ignorarlo. No sabía por qué lo hacía. Pero estaba seguro de ello.

Decidido a averiguarlo, dije:

—Veamos cuál es su plan, *miss* Larkin.

—Llámeme Ruth. Es más familiar, y al fin y al cabo, a pesar de la bofetada, usted me robó mi primer beso… —Hizo un gesto con la mano para interrumpirme y añadió—: Lorna ha muerto. Por lo tanto, Adastra tiene ahora una vacante para sus autos. Puedo ocuparla yo si sé fingir bien una buena falta de moral. En alguna parte de aquel antro tiene que haber papeles comprometedores para él. Me propongo localizarles y mandárselos a usted. Luego, proceda como convenga.

—¿Por qué quiere usted hacerlo, Ruth?

La respuesta que me dio fue tan rápida que dudé de la veracidad de ella, aunque Sólo en parte:

—Porque no tengo un solo dólar para contratar a un buen detective para que averigüe esto. Tómeme como ayudante. No cobraré nada por mi trabajo, ya que usted intervino en él guardándome la espalda. Creo que el trato es bueno para usted. ¿Qué responde?

—¿Cómo puedo saber si me está diciendo la verdad o tendiendo una trampa, Ruth?

—No sea imbécil —estalló ella, furiosamente.

Fingí pensar una cosa que ya tenía decidida de antemano, y no porque me fiara de ella, sino por todo lo contrario.

—Bien, Ruth —repliqué—. Acepta. ¿Cuándo piensa ir a ver a Adastra?

—Mañana por la mañana.

—¿Y si no la acepta a usted?

—No se preocupe por esto, Logan. A Adastra la rustan las mujeres hermosas y yo sé que lo soy, como también sé cómo debo comportarme con él para conquistarle.

Sin saber por qué, sentí en aquel momento un mal sabor de boca.

—De acuerdo entonces —dije—. Sus frecuentes viajes a Nueva York, aunque sea da noche, le servirán para ponerse en contacto

conmigo. Venga a verme mañana, dígame lo que hay y le daré instrucciones.

Se miso en pie y se acercó a mí.

—Gracias, Logan —dijo—. Ahora, antes de irme; ¿quiere darme un beso?

La miré asombrado, pensando qué juego era aquel que se llevaba entre manos, y retrocedí un paso. Ella rió al verme.

—¿Tiene miedo de recibir otro par de bofetadas, jefe?

Se acercó, levantó los brazos y me tomó la cara entre sus manos. Luego se empinó sobre la puntera de los pies y me besó en los labios.

Confieso que al pronto no acerté a hacer nada. Estaba completamente mudo e inmóvil por la sorpresa. Pero tres segundos más tarde la abarqué por la cintura y correspondí al beso con ardor.

Estaba jadeando cuando se separó de mí. Después de recobrar el aire que le faltaba, susurró:

—Mate o meta a Adastra en la cárcel y recibirá su recompensa, Logan. Sé que le gusto a usted, y usted me gusta también a mí.

Antes de que lograra articular una sola palabra, ella había salido, cerrando la puerta a su espalda.

Todavía estaba mirando el lugar por dónde se había ido cuando ésta se abrió dando paso a Susan, cuyo rostro estaba furioso. Su entrada me hizo reaccionar, pero ella le dio a la lengua mucho antes de que yo lograra articular palabra.

—«Antes de irme, ¿me quiere dar un beso, Logan?». ¡Y creí que no se conocían! Es usted él…

La hice callar con un gesto y pregunté:

—¿Ha telefoneado Paul, pimpollo?

—Sí —replicó ella, secamente—. Hace unos cuantos minutos. Cuando esa… le estaba ofreciendo un besito.

Reí con todas las ganas. Luego pregunté:

—¿Qué ha dicho?

—Léalo usted si quiere —dijo, sin asomo de respeto para mi jefatura, mientras tiraba encima de la mesa el cuaderno de notas.

Salió taconeando furiosamente y yo recogí el cuaderno.

Paul era escueto en su informe. Marian, la chica del difunto Croyden, había marchado en dirección al apartamento que Adastra tenía en la Quinta Avenida, saliendo de allí dos horas después;

yendo directamente al suyo.

Paul informaba que estaba evidentemente nerviosa. Creía que más que nerviosa, asustada.

Descolgué, el teléfono para llamar a O'Connor. Tuve suerte, él mismo se puso al aparato y me reconoció en el acto.

Preguntó lo que quería y se lo dije. La contestación no se hizo esperar ni un segundo:

—¿Qué diablos quiere saber? ¿Qué sabe usted de todo esto?

Sonreí antes de contestar:

—Sólo el informe del forense, sargento. Le ruego que me lo deje ver o en todo caso me autorice a sostener una conversación con el doctor Martin. ¿Pueda ser esta noche?

Oí claramente cómo respiraba.

Le adivinaba con el ceño fruncido, haciéndose mil preguntas sobre el interés que yo podía tener por la muñeca rubia, y sobre todo se preguntaba qué era lo que yo sabía del asunto más que él.

Finalmente contestó:

—¿Le parece bien a las diez en la Morgue?

Contesté que sí y O'Connor colgó. Mentalmente me fabriqué la historia que tenía que contarle mientras me preguntaba si sería conveniente decirle lo que había hablado con Croyden minutos antes de que le matara aquel «Mercury» cuyo paradero ignoraba todavía.

Minutos después llegué a la conclusión de que actuaría sobre el terreno.

Salí al despacho inmediato. Susan se estaba fumando tranquilamente un cigarrillo repantigada contra el respaldo de la silla. Me lanzó una mirada furibunda que resbaló por mi piel como si tal cosa. Pero opté por no acercarme a ella y fui hacia la puerta.

La tocaba con las manos cuando ella habló a mi espalda:

—¿Va en busca de la recompensa, jefe? ¿No cree que es demasiado prematuro aún?

Me volví, mirándola con el diablillo de la burla en los ojos. Fui a decir algo, pero el timbre del teléfono me interrumpió: Avancé para cogerlo, pero Susan se adelantó. La vi escuchar unos segundos y después me lo tendió.

—Es para usted, míster Logan. Y es una mujer… ¿Cuántas tiene, jefe?

Sin hacer caso tomé de su mano el «micro», justo cuando ella decía:

—Es usted un Landrú. ¡Las tiene a todas!

Le lancé una mirada furibunda y ahora fue Susan la que fingió no verla.

Apenas si habló la reconocí. Manan estaba al otro lado de la línea, y francamente, esto sí que no me lo esperaba yo.

—Sí, yo mismo; Logan —dije, en respuesta a su pregunta.

Hasta mis oídos llegó un suspiro y luego la voz de ella.

—Escuche, pesquisa —dijo en tono excitado—. Necesito hablar con usted. ¿Dónde podríamos vernos?

—¿Ahora mismo? —pregunté.

—Sí. Es… es urgente. Tengo que decirle algo de suma importancia.

—Por lo visto ha cambiado de parecer, ¿no?

—Sí.

—Encuentro bastante raro eso. ¿A qué vienen ahora esas prisas?

Ella reselló con impaciencia.

—Por favor, escuche, Logan. Ha ocurrido algo, pero no puedo hablar por teléfono. ¿Por qué no viene?

—¿A su apartamento?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

Le tuteé de nuevo al replicar:

—Escucha, ricura. Si me crees tan tonto como para raer en una trampa tan burda como ésa, puedes decirle a Adastra que tus encantos no sirven conmigo. Cuanta más pronto se lo meta en la cabeza, mejor.

Hubo un largo silencio, pero no colgué. Sabía que Marian estaba allí, pegada al aparato, tal vez ideando, algo.

Su voz sonó en mis oídos llena de furia:

—¡Es usted un estúpido, pesquisa! —dijo—. No hay ninguna trampa. Si no quiere venir a mi apartamento dígame dónde puedo verle yo. Pero pronto, por favor.

—¿Por qué no vienes tú a mí oficina? —pregunté.

Suspiró de nuevo y replicó:

—Ne quisiera arriesgarme, Logan. Pero si no hay más remedio…

—No, no lo hay.

Y sin esperar respuesta colgué, mientras consultaba el reloj.

Apenas lo había hecho, el timbre volvió a sonar de nuevo. Esta vez alcancé el auricular mucho antes que Susan, que me miraba con un extraño interés en los ojos, que yo no había visto nunca.

—Diga… Aquí, Logan —dije.

Me contestó la voz del sargento O'Connor:

—Escuche, Logan —dijo—. Se ha adelantado la autopsia en unas horas. ¿Por qué no viene ahora? Si le agrada puedo hacer algo más por usted: presenciarla.

Tanta amabilidad me abrumaba. Pero no se lo dije. Simplemente me limité a preguntar:

—¿Dónde nos vemos, en el Departamento o en la Morgue?

—En la Morgue, Logan. Le ruego que no falte.

Algo en su voz me dijo que si no iba, O'Connor se las compondría para ponerme trabas en aquel endiablado asunto. El hombre quería saber. Ahora lo que hacía falta era saber si yo le ayudaría o no.

—Ahora mismo salgo para allá —dije.

O'Connor colgó sin añadir una palabra más; yo hice lo propio y encaré a Susan.

—Ésa… loca… —empecé—. Me refiero a la que ha llamado hace un rato. Puede que se decida a venir aquí, o puede que no. Si lo hace, dígale que la veré esta noche. Que telefonearé a su apartamento en cuanto me sea posible. Pero no le diga dónde he ido, preciosa. Puede ser vina trampa y no me gustaría que nadie me esperara entre la Morgue y mi apartamento.

No replicó y me encaminé hacia la puerta. No replicó, como he dicho, pero salió tras de mí y me puso una de sus manos encima del brazo, justo cuando yo extendía la mía hacia el tirador.

La miré. Susan me estaba ofreciendo los labios.

Habló antes que la besara.

—Se le olvidaba esto, jefe. Yo…

No pudo decir más. Le sellé la boca, y tres minutos más tarde me aparté de ella para salir a la calle en busca del «Cadillac».

Nunca había estado allí. Por lo tanto, el interior del edificio de los muertos se me antojó sumamente tétrico, lleno de extraño silencio. Pero de un silencio que sobrecogía.

Una mujer joven, vistiendo el traje blanco de las enfermeras, contestó a mi pregunta:

—No. El sargento O'Connor no ha venido aún. Usted es míster Logan, ¿verdad?

Dije que sí, y entonces ella añadió:

—El doctor Martin dijo que le acompañara junto a él. Está esperando al sargento O'Connor, pero no tendrá más remedio que empezar si éste se retrasa mucho.

Asentí en silencio y eché a andar tras ella.

La habitación era grande y olía a mil demonios y a desinfectante. El doctor Martin, médico forense del Departamento de Homicidios, había empezado ya con su macabra tarea.

Me acerqué silenciosamente hacia la mesa de operaciones. Sobre la blanca losa de mármol reposaba un cuerpo de mujer, no menos blanco. Era mi muñeca rubia, como ya sabía. Pero a pesar de esto, tuve que cerrar los ojos. Me dolía horriblemente el estómago.

El espectáculo era sencillamente… No, no tengo palabras para describirlo.

Claramente oía desgarrarse la carne, el ruido de las tijeras. Algo pudo más en mí que otra cosa y me acerqué para mirar. Retrocedí precipitadamente y me volví rara a la pared.

Sentía unas náuseas locas. Paseé mis ojos alrededor riendo las bolsas de algodón. Creo que faltó poco para qué no corriera en busca de un poco de algodón para raparme los oídos, con objeto de no oír aquel espeluznante cortar de tijeras, o cualquiera sabe qué instrumento.

La entrada de O'Connor acalló un tanto mis deseos por la angustia de mi estómago.

El sargento, de pelo azafranado, ojos azules, alto y macizo, vistiendo su uniforme de manera impecable se acercó a mí en el más completo silencio.

CAPÍTULO IX

Logan:
Miércoles, nueve y treinta noche.

Hora y media más tarde se acabó mi suplicio. Al fin el doctor Martin se desinfectaba las manos después de haber cubierto el cuerpo de mi muñeca rubia con una sábana blanca.

Después nos condujo a su despacho. Nos sentamos, y ante una pregunta de O'Connor replicó:

—Había muy poca agua en el estómago, sargento.

—Eso quiere decir…

—Pero aún hay más —atajó el doctor, mientras yo aguzaba el oído para no perder una sola sílaba—. En la tráquea tenía un fósforo.

O'Connor pegó un brinco en la silla donde se sentaba.

—¿Qué diablos significa eso? —preguntó.

Martin se encogió de hombros.

—Con seguridad no lo sé… a no ser que al lanzarse a la piscina tragara agua, y con ella un fósforo que hubiera en ésta. Aquél se le atascó en la garganta y le produjera la asfixia.

—¿Explicaría esto la poca agua del estómago, doctor? —inquirí.

Me miró largamente antes de contestar:

—Posiblemente, sí. Aunque…

—No se detenga, por favor —intervino O'Connor que estaba a punto de saltar de nuevo sobre el asiento.

—Bien. A mi juicio pudo pasar eso que les he dicho. Pero hay otra posibilidad. Que esa chica no muriera en la piscina. Que la ahogaran lejos de ella, y luego para simular un accidente la llevaran allí. Dejo a ustedes que decidan lo más conveniente. Yo no puedo decir nada más. He hecho mi trabajo a conciencia y, en contra de mi costumbre, he añadido algo de mi propia cosecha. ¿Alguna otra

pregunta?

Vi cómo O'Connor vacilaba. Pero yo no la hice.

—Ninguna —repliqué—. Al menos nada que usted nos pueda decir. Pero, desde luego, yo me quedo con la segunda hipótesis.

No replicó a esto Martin, pero O'Connor clavó sus ojos fríos en mí. Vi venir su pregunta antes de que la formulara:

—¿Qué sabe de todo esto, Logan? —dijo fríamente.

Sonreí con aire atontado y luego repliqué:

—Creo que no mucho, por no decir nada. Posiblemente tanto como usted o tal vez menos, sargento. Pero no olvide una cosa, esa chica era una empleada de Adastra. Eso lo sabe usted lo mismo que yo, come también sabrá lo de ese garito y el trabajo que hacer las mujeres que él emplea.

—Sí, lo sé. Pero no explica el fósforo en su garganta.

—¡Hum! Por ahora, no. Pero tengo el convencimiento de que si supiéramos qué significado tiene ese fósforo, sabríamos si es un asesinato o no. En fin, toda la verdad.

—¿Qué le hace creer eso, Logan?

Me encogí de hombros.

—Confieso que es simplemente una de mis muchas ideas.

O'Connor une miró de hito en hito mientras el doctor Martin nos contemplaba a ambos silenciosamente.

—Creo que es algo más que eso, Logan —me replicó al fin—. ¿Por qué no habla? Ande, hijito; cuéntele a papá todo lo que sabe del asunto y no sea malo. ¿Cómo se metió en esto, querido?

Sus palabras podían ser una broma para otro que no le conociera, pero no para mí. La expresión de su rostro era bien elocuente en contraste con ellas.

Mirándole me decidí a contarle parte de lo que rabia.

Pero antes saqué mi pitillera y les invité a fumar.

Mientras prendíamos fuego a los cigarrillos, O'Connor no dejaba de mirarme, con la misma expresión que si esperara que yo, de manera súbita, fuera a desvanecerme en el aire.

Empecé, pues:

—¿Recuerda al hombre que murió atropellado por el «Mercury» que se dio a la fuga? Sí, claro. Ese hombre vino a mi despacho, pagó, y después habló de una forma muy rara. Tal vez se arrepintió de lo que me iba decir. Más valiera que lo hubiera hecho, ya que la

visita a mi despacho le costó la vida, según he podido deducir…

Y acto seguido le relaté todo con lujo de detalles, seguí luego, sin darle tiempo a que dijera nada:

—Tengo la sospecha, la casi seguridad de que ese Croyden tenía relaciones con Adastra. Vino a verme y murió. Luego esa chica, mi muñeca rubia, me recoge en uno de los cruces de la Octava Avenida, me lleva por revocación al garito de Adastra, le hablé a este de ella y veinticuatro horas después, o tal vez antes, muere también. Dígame si no hay…

Súbitamente callé, porque en aquel momento la luz se hizo en mi cerebro, dejándome sin resuello. Ahora sabía con toda certeza el porqué de aquellas muertes, tan seguro como que estaba vivo. Sabía el porqué de todo aquello, con la misma certeza que si hubiera sido yo mismo quien lo había planeado, así como también que Marina, por ser la amiguita de Croyden, era también la clave del enigma, que ya no lo era para mí.

Miré a O'Connor y me di cuenta de que me estafes mirando de manera inquisitiva, por lo que me apresure a añadir:

—Sí, sargento, dígame ahora si no son muchas coincidencias, si no existe algún punto de conexión que una estos dos crímenes entre sí. ¡Ojalá supiera qué fue del, «Mercury» que mató a Croyden!

O'Connor siguió mirándome cachazudamente y luego dijo lentamente:

—De nada le serviría saberlo, Logan. El «Mercury» pertenece a un conocido industrial de Nueva York, e, cual denunció el robo unas ocho horas antes. Fue encontrado en la Quinta Avenida, lugar donde el ladrón lo dejó estacionado.

—En este caso ladrona, sargento —repliqué.

—Cierto. Pero aún no sabemos quién fue.

Me miró, me miraba siempre, lleno de sospechas Por lo tanto, no me extrañó qué añadiera otra pregunta a la que ya había expuesto:

—¿O acaso lo sabe usted, Logan?

No pude por menos de sonreír, pensando en la cara que pondría cuando yo soltara la bomba. Y lo hice en la completa seguridad de que aunque me desollaran vivo no diría nada más a O'Connor, al menos por aquella noche.

—Creo saberlo, sargento. Mi muñeca rubia lo mató.

Mi regocijo fue intenso cuando le vi saltar materialmente de la

silla.

—¡Explíqueme eso, Logan!

Denegué con la cabeza.

—Es sólo una hipótesis, sargento —repliqué—. Daros tiempo hasta mañana para probarlo. Si lo consigo le entregaré a Adastra más suave que un guante, aunque esto sólo sea una frase retórica. Si no es así, le explicaré en qué me fundaba, y el error que cometí para infundirme. ¿Conformes?

Vaciló a ojos vista. Tragó saliva un par de veces y entonces explotó, mientras se ponía en pie:

—¡Lárguese al diablo, Logan! —hizo una pausa mientras tragaba saliva de nuevo y añadid—: Pero métase esto bajo el sombrero: tendrá que hacerlo antes de las doce de la mañana, y nada de jugarretas sucias. Caso contrario… puede que peligre su licencia, Logan.

—¡Y un cuerno! —repliqué poco académicamente, lo que me valió una mirada agresiva de su parte.

Me puse en pie a mi vez y ambos nos despedimos del doctor Martin. La enfermera se cuidó de acompañarnos hasta la puerta, y en ella nos despedimos el sargento y yo.

En pie sobre la ancha acera, miré el automóvil de la policía hasta que su faro piloto se perdió en la distancia.

Acto seguido me dirigí al «Cadillac» y media hora después estaba sentado en una de las mesas del café de Sheridan, cenando y pensando en Susan y en Ruth.

Poco después, mis pensamientos fueron hacia Mirlan, la mujer que yo creía poseedora de la clave del enigma que envolvía la muerte de Croyden y de la muñeca rubia.

Me pregunté si ella habría ido a la oficina. Consulté mi reloj sin esperanza alguna y acerté. Era ya demasiado tarde para poder telefonear a Susan. Por lo tanto, continué cenando pensando en Ruth y con los ojos fijos en a excelente anatomía que enseñaban bajo las cortísimas faldas, dos pelirrojas que estaban sentadas en la farra, tomando *whisky*.

Suspiré porque me encontraba cansado, sin ánimo para abordar a una de ellas o a las dos, que era mejor, y olvidarme de la tarea que me esperaba al día siguiente.

Creía muy capaz a O'Connor de cumplir su amenaza aunque sólo

fuera por fastidiarme una temporada.

Pagué lo que debía, y eran las diez de la noche cuando volví al volante, camino de mi casa, sin que me pudiera quitar de la mente a Ruth y con ella a Adastra.

La cosa ocurrió cerca de mi apartamento, y cuando doblaba con sumo cuidado la curva de la calle que seguía, para desembocar en la mía.

Vi el largo «Mercedes» descapotable tres minutos antes de que se lanzara a una loca carrera hacia mí. *Sir* saber por qué, intuí algo. Pisé los frenos y me lance hacia el fondo del coche. El tableteo de la ametralla dora me ensordeció.

Una lluvia de cristales pulverizados cayó sobre m, mientras el parabrisas saltaba hecho cisco impulsado por la brutal ráfaga que después recorrió toda la carrocería, convirtiendo el «Cadillac» en un colador.

Tenía la automática en la mano cuando me incorporé con precaución. Por encima de mi cabeza, las ventanas se abrían. En, la penumbra de la calle vi rostros ansiosos que atisbaban hacia abajo. Pero del «Mercedes» descapotable modelo deporte no había ni rastro.

Salté del «Cadillac» y le miré por todos lados, calculando lo que me iba a costar aquella reparación, ya que el automóvil no era mío. Estaba pensando en que era otra nueva factura la que le tendría que pasar a Adastra, cuando oí el ulular de las sirenas de la policía.

Alguien había avisado por teléfono a la misma y como siempre, acudían tarde. Esperé al lado del automóvil encendiendo un cigarrillo lo más flemáticamente que pude, y después de haber devuelto la automática a la funda de la axila.

Eran dos los coches policiales que desembocaron en la calle. En menos de tres minutos me vi rodeado con uniformes y agentes de paisano. Conocía a varios. Entre ellos al inspector Vance. Tipo alto, seco y duro como el granito.

Ya de alguna edad, puesto que tenía el pelo completamente blanco. Fue él quién se acercó primero al «Cadillac». Sin saludar ni decir nada, lo estuvo examinando por todos lados, Luego me miró y me tendió la mano. Se la estreché en silencio.

—Por lo visto no le quieren bien, Logan —dijo—. ¿Cómo ha sido?

Se lo expliqué mientras él clavaba sus ojos grises y fríos en los míos. Le dije también que el sargento O'Connor, del Departamento de Homicidios, estaba enterado del asunto.

Hablando con él, me di cuenta de que uno de sus hombres tomaba nota de todo. Sonreí mientras él me miraba.

—¿No puede pasar sin meterse en líos, Logan? Comoquiera que sea, siempre nos trae de cabeza. ¿Por qué no deja de jugar a policías y busca otra profesión?

—Por lo mismo que usted no le haría tampoco, inspector —repliqué—. Tengo que trabajar para comer, ¿no? Y esto es todo lo que sé hacer medio bien. ¿Comprende?

Vance lanzó una tenue risita y luego inquirió:

—¿Sospecha de alguien?

El nombre de Adastra subió a mis labios, y no obstante, mentí:

—No. De nadie.

Me miró suspicazmente.

—Comprendo —replicó—. Hablaré con O'Connor. ¿Vio el automóvil?

Asentí.

—Sí. Un «Mercedes» descapotable, modelo deporte, pintado de gris. No pude ver la matrícula —intenté sonreír—. Me interesaba más permanecer en el fondo del coche.

El otro agente seguía tomando notas.

—Hay algunos cientos de «Mercedes» en Nueva York, que pueden estar pintados de gris, Logan.

Volví a asentir:

—Sí. Pero éste seguramente será robado.

Y estuve a punto de decir que lo mismo que el «Mercury» que había matado a Jim Croyden, pero supe callármelo a tiempo.

No es que me importara decirlo, sino que posiblemente O'Connor se molestaría conmigo si ponía en antecedentes de ello al inspector Vance. O'Connor hacía tiempo que estaba esperando un ascenso que nunca llegaba. Eso era todo.

Entretanto, Vance vacilaba, mientras yo esperaba alguna que otra pregunta y alrededor de nosotros los demás agentes se esforzaban en contener a los numerosos curiosos, que salidos de todas partes intentaban acercarse al «Cadillac» para ver qué es lo que había pasado, con esa curiosidad morbosa de las masas.

Finalmente, Vance habló de nuevo:

—De acuerdo, Logan —dijo—. Le llamaré mañana a su despacho si le necesito para algo más. Estará en él, ¿no?

¿Qué podía decirle? Asentí en silencio y, cuando se fueron, empuñé el volante, el «Cadillac» renqueó, y de esta forma logré llevarlo hasta el garaje donde lo guardaba.

Tardé bastante en conciliar el sueño. Cuando lo conseguí, fue pensando en Ruth y en el enigma que ella representaba para mí, después de su extraña proposición. ¿A quién buscaba? ¿A Adastra o a mí?

No supe contestarme a esto.

CAPÍTULO X

Ruth:
Miércoles, nueve noche.

Todos los hombres son unos estúpidos. Esto lo pensé en el acto de despertarme. Y lo hice al recordar a Cass Logan. El hombre que sospechaba de mí, y por eso me había dado un empleo.

Me desperecé encima de la cama igual que una gata. Salté de ella y corrí a la ducha. Mientras el agua me empapaba, seguí pensando en Cass. Luego fue Adastra el qué vino a mi memoria.

Recuerdo que salí de hablar con Cass a las cinco o a las cinco y cinco de la tarde. No tenía nada que hacer a aquella temprana hora. Adastra no estaría en el garito de la carretera, y yo no quería ir a su apartamento.

No me fío mucho de los hombres como Adastra. Tengo motivos para evitarlos. Tampoco me fiaría de hombres como Jim Croyden, pero Croyden ya estaba difunto.

No lo sentía ni me alegraba de ello. Simplemente, había recibido su merecido, aunque comprendo que un asesinato jamás se debe cometer. Al menos yo siento escrúpulos por ello.

También ha muerto Lorna Home y yo sé quién es su asesino y también creo saber por qué la mató.

Sacudí mi cabeza para apartar de mi aquellos molestos pensamientos y cerré el agua de la ducha. Mientras me secaba con la toalla volví a recordar a Cass y entonces me acerqué al espejo.

Sí, claro, soy hermosa y mucho. También tengo mi palmito y sé cómo emplearlo. Cass y su secretaria… ¡El estúpido de Cass Logan! ¡Claro que le di una bofetada cuando me besó! Pero era lo único que podía hacer en aquel momento.

A todas las chicas nos gusta que haya alguien que nos bese, aunque sea de improviso. A mí también. Y me había gustado el beso

de Cass, pero tenía que disimular.

Reí mientras me seguía contemplando en el espejo y recordé el incidente de la oficina. Su gesto de estupor. ¡Imbécil! ¿Es que no se habrá dado cuenta aún de que me gusta, de que me siento atraída hacia él?

Pero está Susan. Bueno, al menos creo que esa hermosa secretaria se llama así.

Al recordarla confieso que me inmovilice frente al espejo, y que el examen de mí misma fue más minucioso que nunca. ¿Ganaría?

Aquello era una incógnita para mí, y lo sentía, ya que me estaba dando cuenta de que el interés y la atracción que sentía por Cass se estaba convirtiendo en algo más, o al menos estaba a punto de convertirse. Y sentía miedo de ello.

Dejé de contemplarme para ir de nuevo a mi dormitorio, donde me vestí en un santiamén con un vestido blanco de entretiempo. Tomé mi impermeable y salí a las luces de la calle.

El cielo de Nueva York seguía encapotado, amenazando una lluvia que nunca acababa de llegar.

Me arrimé al bordillo y esperé pensando en Adastra. Adastra que siempre tenía la costumbre de recoger a sus clientes por gentes de su confianza, empleados suyos, y que aquella noche iba a tener una visita que no esperaba y qué llegaría allí de una manera que no le gustaría.

Sopesé mi bolso y sonreí recordando la pequeña automática que llevaba en él, e hice señal al primer taxi que vi libre.

Di la dirección y el automóvil empezó a rodar hacia el Distrito V.

Una vez en la carretera, procurando que el taxista no me viera por el espejo retrovisor, saqué del bolso la automática, me levanté la falda y la escondí.

Luego me di a pensar de nuevo en Cass, en su secretaria, en el significado que podía tener el beso que les vi darse, en Lorna y en el asesinado Croyden.

Estaba pensando de nuevo en Adastra cuando el taxi llegó a la bifurcación. Toqué el cristal que tenía enfrente y el hombre arrimó el coche a la cuneta, deteniéndolo. Luego descorrió el cristal para preguntar:

—¿La dejo aquí, *miss*?

Asentí con un gesto. Saqué un billete de veinte dólares para que se cobrara la carrera y descendí del automóvil. No avancé hacia el garito hasta que aquél no dio media vuelta y se alejó por la carretera hacia Nueva York.

Recuerdo perfectamente que crispé el rostro cuando mis ojos fueron hacia la lámina de agua de la gran piscina. Entonces me detuve asaltada por miles de pensamientos, entre los cuales predominaba el nombre de Adastra.

Miré hacia la casa. Estaba lejos aún. Entonces miré mis zapatos de alto tacón y mis medias de nylon. Me quité ambas cosas y caminé descalza sin lograr apartar del todo los ojos de la piscina.

Muy cerca de ella volví a ponerme las medias y los Zapatos, y cinco minutos después estaba llamando a la gran puerta de madera. Abrió el mismo hombre de siempre. Me miró de pies a cabeza. Pareció recordarme y se hizo a un lado para dejarme pasar.

Vi brillar sus ojos de una forma que me hubiera gustado ver en Cass. Pero aquel maldito «pesquisa», a pesar de no tener precisamente hielo en las venas, nos miraba a todas lo mismo que si fuéramos muebles o poco menos… cuando no estaba una subida a algún taburete de un bar.

Antes de darme cuenta, distraída con estos pensamientos, me encontré en los verdaderos dominios de Adastra. Había bastante gente, y seguramente vendría más.

Miré en torno desde la puerta. Como siempre, se jugaba a todo lo imaginable. También se bebía en el mostrador. Al reparar en esto observé también que los dos guardaespaldas de Adastra, Harris y Prentis, estaban allí. En el extremo más alejado del mostrador. Fingían beber. Pero yo sabía que sus ojos estaban vigilantes y atentos a todo cuanto pudiera ocurrir en la sala de juego.

Sabedora de que si me acercaba a ellos pidiendo ver a Adastra, seguramente, y a pesar de mi palmito se reirían de mí, me fui hacia la ruleta. Sólo me quedaba en el bolso la vuelta que me había dado el taxista. Quince dólares con setenta centavos.

Aposté diez de los que tenía y los perdí. Un rato después puse los últimos al trece y la bolita, después de dar unas cuantas vueltas, cayó en dicho número.

Aquello no me gustó. Ahora tenía un montón de dólares. Con ellos en la mano me acerqué a la mesa donde se jugaba al póker.

Como esperaba, no hubo ningún inconveniente en que me sentara a jugar, mientras aquellos estúpidos me miraban de pies a cabeza de una forma que me hacía sentir poco menos que la Venus de Milo (claro que con brazos).

Procuré jugar todo lo peor que sabía. Comprendí que cuando lo perdiera todo y un poco más, al no poder pagar, sería llamada por Adastra. Pero no fue así. Cuanto más mal jugaba, mejor era mi suerte.

Pues sí, Ruth Larkin, que soy yo, estaba sudando. Me había gustado aquel sencillo, pero efectivo plan para poder ver a Adastra sin suscitar sospechas, y las cosas salían mal para mí, en contra de todo pronóstico.

Creo incluso que estaba pálida, y que me puse más aún cuando vi las cartas que tenía en la mano. Había encima del tapete verde seis mil quinientos dólares, y yo tenía una escalera de color.

Miré al tahúr que había dado las cartas. Sabía que aquel hombre, en extremo elegante, no era natía más que otro «gangster» al servicio de Adastra.

Y le miré pensando en si era él, por orden de Adastra, quien me había tendido una trampa. Pero ¿para qué, si puede saberse?

El hombre no me miraba. Su rostro era de palo, como buen jugador de póker. Su cara impasible no me decía nada. Además, estaba estudiando sus naipes con suma atención, cosa que yo no tenía que hacer.

Ahora mi sudor se había convertido en hielo. Sentía frío en mi desnuda espalda, y estaba maldiciendo a la diosa Fortuna por mostrarse tan generosa conmigo.

En fin, que gané. La escalera de color es la jugada máxima del póker. Por lo tanto, en la mesa no tenía contrincante. Lo supe desde el primer momento.

Entre un sordo murmullo y la mirada del tahúr, que ahora parecía taladrarme con los ojos, recogí nerviosamente mis ganancias y las fui metiendo poco a poco en mi bolso, atestándolo de billetes.

Me tocaba dar a mí, y alargué la mano hacia el mazo de naipes. Pero no llegué a tomarlo. Súbitamente, una mano masculina me tocó suavemente en el hombro. Levanté la mirada y vi a Harris que, con una untuosa sonrisa en su boca cruel, me decía:

—Estos caballeros le guardarán el sitio si desea seguir jugando, *miss* Larkin. Ahora, si me hace el favor y no tiene ningún inconveniente… En fin, míster Adastra desea hablar con usted.

Por un momento creí que me iba a desmayar. Las piernas me temblaban cuando conseguí levantarme de la silla. Y me asombré de mí misma cuando tuve el suficiente valor de dirigir una sonrisa de disculpa a los hombres que habían jugado conmigo.

Y seguí asombrada cuando me encaré con Harris, dedicándole una de mis más encantadoras sonrisas.

—Indíqueme el camino —dije—. Será para mí un placer hablar con míster Adastra. Precisamente vine esta noche aquí para hacerlo, pero el juego se puso demasiado interesante.

Me miró con asombro, sin decir nada. Simplemente se limitó a hacer un gesto con la mano y empezó a andar hacia la puertecilla que había al fondo y que en más de una ocasión yo me había preguntado hacia dónde conducirla.

Subimos por una estrecha escalera hasta desembocar en un hermoso pasillo con varias lámparas colgadas del techo, y todas encendidas. Había varias puertas. Pero yo supe en el acto dónde estaba Adastra esperándome.

Bastaba para ello ver aquel «gorila» apoyado contra el marco de una de ellas para comprenderlo.

Mi corazón latía con inusitada violencia, amenazando con ahogarme, y tenía miedo de que sus latidos denunciaran al «gangster» el estado de ánimo en que me encontraba.

Pero me tranquilicé antes de llegar a la puerta. Había recordado mi pequeña automática.

—Dile a míster Adastra que está aquí *miss* Larkin.

El gorila se apartó de la puerta para entrar, y Harris y yo quedamos esperando en el pasillo.

Fue muy poco. Apenas un minuto, cuando el sicario volvió a aparecer para encararse conmigo en el acto.

—Míster Adastra dice que puede entrar cuando usted quiera *miss* Larkin. Sola, se comprende. Y tú, Harris, vete abajo y continúa vigilando.

Empujé la puerta, atravesó el umbral y…

—Ciérrela, por favor.

La voz era fría. Por mi espalda pasó un escalofrío. Si alguien lo

duda, que lo pruebe frente a un asesino y que hable conmigo después.

Obedecí después de reunir todo mi valor y me volví para mirarle. Adastra lo hacía a su vez, y a juzgar por el brillo de sus ojos, pensé en que no me había equivocado al creer estar segura de mi buen palmito.

—Siéntese, *miss* Larkin —dijo sin dejar su frialdad, pero sin que por ello se enfriara el brillo de sus ojos.

Me acerqué a la mesa y lo hice en un sillón que estaba frente a él. Crucé una pierna encima de otra, adoptando todo el empaque de una vampiresa, y pensando que unos cuantos encajes y un poco de buen nylon hacen que algunos hombres pierdan la cabeza.

Yo sabía que Adastra era uno de ellos. Tenía referencias al respecto.

Esperé mirándole, con la mano derecha encima de mi pierna, muy cerca de donde guardaba la automática. ¡Con qué gusto le hubiera enviado al infierno en aquel entonces!

Me interrumpió en mis pensamientos yendo directamente al grano:

—¿Cuánto ha ganado esta noche, *miss* Larkin?



—¿Cuánto ha ganado esta noche, miss Larkin?

Me abaniqué con mis largas y rizadas pestañas mientras replicaba:

—Un poco más de lo perdido en noches anteriores, míster Adastra.

—Es usted una mujer que tiene prontas las respuestas, además

de una endiablada hermosura, ¿no?

¿Conque iba por ahí? ¡Estaba listo Adastra!

Me eché atrás, contra el respaldo del sillón, y le lancé una mirada lánguida, capaz de encenderle la sangre a un oso polar.

—Tengo buenos reflejos y mucha hermosura, míster Adastra. Estoy convencida de ello.

Y procuré no dar a mi voz un tono de jactancia que hubiera estado en desacuerdo hasta conmigo misma.

—En fin, *miss* Larkin —replicó él—, dejemos eso aparte. ¿Cuánto ha ganado usted?

Sentí tentaciones de reír y lo hice, dejando que mi risa inundara todo el despacho.

—Unos diez mil dólares, míster Adastra —repliqué—. Bastante si se tiene en cuenta que sólo empecé con muy pocos dólares.

Comprendió mi ironía, pero permaneció impasible.

—¿Piensa seguir jugando? Le ruego que no lo haga por esta noche, *miss* Larkin.

Lo había dicho así, tranquilamente, pero comprendí que era una amenaza. A Adastra no le convenía seguir perdiendo. El, como todos los jugadores, creía que aquella noche era mí «racha» y estaba segura de que si seguía con los naipes haría saltar la banca, con la consiguiente pérdida para él.

Le miré y descrucé las piernas para, en el acto, cabalgar la contraria encima de la otra. Sus ojos brillaron como luciérnagas, y fue entonces cuando me decidí a atacar.

—Confieso que no pensaba hacerlo, míster Adastra —dije—. Esta noche vine aquí simplemente para hablar con usted. —Me levanté y contoneándome al andar me acerqué a la mesa. Luego me incliné sobre él y añadí—: No sé lo que me impulsó a jugar ni por qué gané.

Me miró. Me miraba siempre, desde que había entrado. Pero hasta aquel momento no hubo nada de particular. Ahora no me gustaban sus ojos, ni la sonrisa que había en su boca.

CAPÍTULO XI

Ruth:
Miércoles, once noche, a jueves, diez treinta de la mañana.

Y seguía mirándome cuando preguntó:

—¿Qué quería de mí, *miss* Larkin?

Entrecerré los ojos, me los abaniqué y le sonreí de manera que yo juzgué algo más que encantadora.

—Un empleo, míster Adastra. Para conducir uno de sus automóviles. —Abrí el bolso y saqué uno de los periódicos que había comprado en Nueva York, y después de depositarlo encima de la mesa, agregué—: Hace poco que vine a la ciudad y estaba sin trabajo y sin fondos. La otra noche, con el afán de ganar, perdí aquí todo lo que tenía. Sé por la Prensa —y señalé con el dedo el diario, para acto seguido sacudir de sabía manera mis bucles color caoba— que esa chica… ¿Cómo se llamaba?… ¡Ah, sí! Lorna, ¿no? Había muerto en un accidente. Pensé que puesto que estaba sin trabajo y mi palmito es de buen ver, usted me aceptaría.

Adastra entrecerró los ojos y frunció la boca. El brillo que vi por entre sus entornados párpados seguía sin gustarme.

—Apártese de la mesa, ¿quiere?

Al pronto no comprendido que quería, pero luego lo hice. Un par de pasos, los suficientes para que él me viera bien. ¡Como si el muy… no me hubiera visto ya!

Después giré en torno a mí misma, hasta que di una completa vuelta. Luego clavé mis ojos en los suyos.

—Sí, no está mal —dijo. Pero yo sabía que pensaba en otra cosa distinta, y nada buena. Estaba diciéndome si sospecharía de mis verdaderas intenciones cuando añadió—: Podría quedarse con esa fachada, ricura. Pero acaba de ganar diez mil dólares. Ahora ya no necesita el empleo.

Me reí sacudiendo mi cabecita y mostrándole mi garganta al echarla hacia atrás.

—Se equivoca, míster Adastra —dije—. Tengo el apartamento sin pagar desde hace tres meses —lo que era mentira, claro—. Debo la luz y el agua. Mi guardarropa necesita una renovación a conciencia. Las únicas medias que tengo son las que llevo puestas y los zapatos también —y se los mostré—. Por otra parte, el apartamento necesita una buena mano de pintura, y la radio una reparación. Creo… creo que después de esto me va a quedar muy poco de esos diez mil dólares.

Adastra quedó silencioso durante más de cinco largos minutos, en los cuales no me quitó la vista de encima. Luego replicó:

—Debo entender que aceptaría un empleo conmigo, gatita.

Le hubiera pegado un tiro ante aquel piropo, pero sonreí.

—Sí. ¿Cuándo debo empezar?

Dejó de mirarme para ojear el periódico. Luego cerró los ojos y yo me examiné entonces a conciencia.

Unos minutos más tarde los abrió. Su voz era en extremo fría, y aunque procuró dominarla, pude apreciar en ella un leve deje de amenaza.

—Dentro de diez minutos o un cuarto de hora le daré mi respuesta, pimpollo. Ahora puede salir e ir abajo. Será mejor que deje los naipes y beba algo. La casa invita, por esta noche.

Le di las gracias y salí moviendo las caderas, notando, a pesar de no verle, sus ojos fijos en mi espléndida figura. ¡Y que conste que no soy yo quien lo dice!

Pedí… ¿Qué era lo que le había visto beber a Cass?

Pedí un «Manhattan», después de dejar el bolso a mi derecha, y empecé a beberlo lentamente con los ojos fijos en el espejo. Estaba mirando a Prentis y a Harris, enfundados en sus impecables trajes de etiqueta.

Ni bebían ni me miraban. A mi juicio mi bonita figura perdió bastante encanto para mí, hasta que me di cuenta de que unos cuantos hombres, de los que estaban en una de las mesas, tenían sus ojos clavados en mi modesta persona.

Me sonreí a mí misma por el espejo, procurando desechar todo cuanto de macabro pudiera haber en todo aquello. Intentando olvidar que ya habían muerto dos personas, y que según un viejo

adagio español «no hay dos sin tres», y yo podría ser la tercera.

Repentinamente vi cómo el camarero se dirigía hacia Harris y Prentis y les decía algo al oído. Éstos se encaminaron rápidamente a la escalera, cerrando la puerta de comunicación a su espalda.

No había visto quién dio el recado al del mostrador, por lo que colegí que habría algún timbre, o simplemente una bombilla, que se encendía cuando Adastra necesitaba algo de sus acólitos.

Sin saber por qué, comprendí que se trataba de mi persona y esperé con la mano presta a ir en busca de la falda y de ésta a la automática. Luego comprendí que aquello, el pensar así, era tan sólo una idiotez. Adastra, mientras yo estuviera en el local, no se arriesgaría a nada, en caso que hubiera decidido eliminarme.

Me estremecí, y confieso que sentí un poco de miedo.

La súbita salida de Harris cortó mis pensamientos, y más cuando vi que se dirigía rectamente hacia mí.

—Vamos, chiquita —dijo—. El jefe me ha encargado que te lleve a dónde están los automóviles. Puedes escoger el que quieras, pues vas a hacer tu primer servicio.

Aquella familiaridad del «gangster» no me gustó un pelo, pero no me cogió de sorpresa. Decidí cortarla por lo sano, en la próxima ocasión.

—De acuerdo, vamos.

Salí detrás de él pensando qué lugar mejor de su cuerpo escogería para meterle una hala.

Pensé que la nuca era un buen sitio, y luego me dije que matar por la espalda es una cobardía. Su frente también ofrecía un buen blanco.

Con este consolador pensamiento llegamos al garaje. Había tres coches en él. Escogí un «Mercedes» descapotable, modelo de deporte. Abrí la portezuela, fui a entrar, y entonces Harris me atenazó por la cintura. Sentí su aliento en mi cuello y le clavé mi alto tacón en la espinilla.

Su brutal interjección me hizo enrojecer. Con mis mejillas ardiendo me volví hacia él. Sus ojos echaban chispas. Tenía espuma en la boca y un rictus cruel en los labios.

—Ya te enseñaré yo, gata —dijo.

Y vino hacia mí.

Salté hacia atrás, busqué la automática y él perdió tres segundos

preciosos en mirar donde no debía. Cuando levantó la vista hacía mi cara, le estaba encañonando.

Tragó saliva.

—Escucha, gatita —dijo—. Yo…

—Cierre el pico y no me tutee, Harris. Si alguna vez deseo que me den un beso, le juro que no será usted quien lo haga. ¿Está claro? Ahora dígame qué es lo que debo hacer. Pronto, o subo a ver a míster Adastra para que sea él quien me dé instrucciones.

Tardó dos minutos en decidirse, sin que durante los cuales yo soltara la pistola. Pequeña, pero mortal a aquella corta distancia.

—Es sencillo, *miss* Larkin —dijo al fin, pero yo noté que mordía las palabras. Por lo visto aquello no se había acabado allí—. Tiene que ir a la calle Cincuenta y Tres Oeste. Estaciónese frente al número tres mil cuatro y espere. Creo que el caballero tardará en salir de dicha casa. Tráigalo aquí rectamente y cierre el pico por el camino. ¿Conforme?

—¿Cómo va vestido?

—No lo sé, pero él caballero conoce el «Mercedes». No habrá equivocación. ¿Algo más?

—Si —repliqué rápidamente, sin dejar de apuntarle—. Que de media vuelta y desaparezca de mi vista. No quiero verle por aquí cuando suba al automóvil.

—De acuerdo, princesa. Pero ya nos veremos, para hablar de esto, en otra ocasión.

Dio media vuelta y se alejó cojeando.

Empuñé el volante después de dejar la automática a mi lado, encima del asiento; hice girar la llave de contacto, di el encendido, embragué y con los faros apagados alcancé la carretera.

Eran las tres de la mañana cuando estaba de regreso en el garito, preguntándome si Adastra me daría otro servicio aquella noche. Dejé en la puerta del granero al hombre que llevaba y maniobré con el «Mercedes» para dar la vuelta.

Iba a salir de él, cuando el «gangster» que hacía las veces de portero se acodó en la ventanilla.

—Buenas noches, bombón —dijo—. Adastra dice que te puedes ir a Nueva York. Llévate el coche y vuelve con él mañana, pero un poco más temprano que esta noche. Cuando llegues, vas a su despacho. El jefe tiene interés en verte. Adiós, ricura, si estás libre

algún día, acuérdate de mí.

El motor estaba runruneando al ralentí, lo aceleré un poco, solté el embrague después y apreté el acelerador.

El «Mercedes» dio un formidable salto que me lanzó contra el respaldo del asiento. A mi espalda quedó un «gangster» maleducado echando pestes por la boca.

Volví el rostro hacia atrás, varias veces antes de llegar a Nueva York. Confieso que esperaba que Adastra me hiciera seguir por alguno de sus secuaces, pero no fue así.

Esto me dio mala espina. Por referencias conocía demasiado bien a Adastra para estar segura de que el cuento que le endosé no se lo había tragado del todo.

Estaba segura de que hasta el momento sólo había seguido mi juego. Si sospechaba o no de mis intenciones, esto no estaba al alcance de mis cortas luces.

En fin, después de todo, no había salido tan mal. Tenía diez mil dólares y un empleo con Adastra, tal y como quería. Lo que pudiera depararme el Destino para lo futuro, no podía asustarme más de lo que estaba.

Ahora mi única preocupación era encontrar una solución viable para captarme su simpatía.

Procuré apartar estos pensamientos de mi mente e intenté fijarlos en Cass, Aquello para mí era mucho más agradable, naturalmente.

A las cuatro y media de la madrugada alcancé Nueva York. Dejé el automóvil en un garaje situado tres manzanas más abajo de donde vivía y subí a mi apartamento.

Creo que no me di cuenta de que tocaba la cama. El único acto consciente que tuve de mí misma fue a la mañana siguiente, cuando me desperté. Eran las nueve cuando me metí bajo la ducha, y las diez menos cuarto al salir de mi apartamento.

De nuevo ante el volante, conduje hacia las oficinas de Cass Logan. Deseaba cambiar impresiones con él, aunque el muy tonto creía que yo estaba de parte de Adastra.

Pero me detuve en el cruce de la Octava Avenida. Acababa de recordar el bar donde le conocí por primera vez. Conduje el «Mercedes» hacia allí y aparqué frente a la puerta.

Cass no estaba. Por lo tanto, siguiendo mi costumbre, me

encaramé a uno de los taburetes y pedí el desayuno, mientras me arreglaba la falda. ¡Ya que Cass no estaba allí…!

Finalmente, y en vista que el objeto de mis pensamientos no se presentaba, decidí seguir con mi primera idea. Pagué la consumición, lo que fue una lástima, ya que me había hecho la ilusión de que la pagara Cass, salí, empuñé el volante y no me detuve hasta que llegué frente a su oficina.

El ascensor me condujo hasta el piso que ocupaba. Alargué la mano para abrir las puertas correderas del ascensor, cuando hasta mí llegaron tres secos estallidos.

Me inmovilicé unos segundos. Luego, la puerta del apartamento donde Cass tenía las oficinas se abrió con violencia. No miré. Algo innato en mí me hizo pulsar el botón de arranque y el ascensor empezó a subir rápidamente, no tanto como para que a mis oídos no llegaran unas cuantas maldiciones.

Me detuve en el piso superior y salí del ascensor llevando la automática en la mano. Desde lo alto de la escalera y por la barandilla me asomé al hueco. Claramente veía hasta cuatro rellanos, y a mis oídos, viniendo del hueco mismo de la escalera, llegaron las pisadas de unos cuantos hombres que huían a escape.

Sin pensarlo siquiera levanté la pistola. Era tiempo. Vi a uno que dobló el recodo con suma rapidez bajando los escalones de tres en tres. Apunté a sus piernas y disparé.

El hombre tuvo mala suerte, ya que saltó al mismo tiempo, y mi bala, aunque llegó a su destino, no fue precisamente a sus piernas, sino a su cabeza.

Vi cómo el pelo se le teñía de sangre, y al instante oí su grito infrahumano.

No le vi caer. Un agudo y siniestro silbido, procedente de la escalera, me hizo echarme atrás instintivamente. Luego fueron varios más, mientras el ruido de las explosiones conmovía toda a casa.

Esperé acurrucada junto a la abierta puerta del ascensor hasta que el silencio se hizo en torno y las balas dejaron de silbar hacia arriba. Luego me puse en pie y bajé apresuradamente la escalera, cuando ya las puertas de los apartamentos empezaban a abrirse entre sordos rumores, preguntas sin respuesta, y algún que otro grito histérico.

Lentamente, y llevando la automática en la mano, entré en el apartamento de Cass Logan. Lo primero que vi fue la silla de Susan caída a un lado, la mesa volcada, los papeles por el suelo en el más completo desorden, y la máquina de escribir, caída y deteriorada junto a una de las patas de la mesa.

Me sobrecogí llevándome la mano al corazón. Di un par de vacilantes pasos hacia el despacho de él y me detuve. No me atrevía a entrar. El significado de aquellos disparos y el silencio que reinaba en el interior del apartamento, se me antojaban siniestros en demasía.

Reuniendo el poco valor que me quedaba, di otro par de pasos más y atravesé la puerta.

Confieso que me mordí los labios para no gritar. Susan estaba caída en el suelo, boca arriba, con la falda por la cintura, sus hermosas piernas cubiertas de fino nylon dobladas en extraña postura, y en su frente un pequeño agujerito por el cual se le fue la vida.

Su hermosa cara estaba blanca como la nieve, y sus preciosos ojos perdidos en un punto inconcreto del techo. Pero ya no lo veía, no lo vería jamás.

Un poco más allá, casi debajo de la gran mesa del despacho privado de Cass, había otra mujer también hermosa, y también muerta. La sangre que manchaba su busto y el agujero que tenía en una de las mejillas me lo confirmaron así.

La reconocí al instante por haberla visto en más de una ocasión en compañía de Jim Croyden. Se trataba de Marian O Tiara, la mujer que involuntariamente tenía la culpa del asesinato de Lorna Horne.

Y no le guardé rencor por ello. No en aquellas circunstancias.

Retrocedí lentamente y entonces me volví. El apartamento estaba lleno de gente. Hice, un gesto con la mano y les vi retroceder con las caras llenas de pánico. Entonces me di cuenta que tenía la automática en la mano.

—¡Salgan de aquí! ¡Rápido!

Empezaron a retroceder entre murmullos amenazadores. Alguien dijo de avisar a la policía. Entonces me dejé caer en una de las sillas que milagrosamente quedaban en pie, y al hacerlo vi aquellos ojos fríos como el hielo fijos en mi persona, sin chispa de

reconocimiento.

Ojos en cuyo fondo yo pude ver a La Descarnada Dama de la Guadaña, en toda su crudeza. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza cuando empezó a avanzar hacia mí.

CAPÍTULO XII

Logan:
Jueves, diez de la mañana.

Mi primer pensamiento fue para el inspector Vance y el sargento O'Connor. Acababa de levantarme con un humor de mil diablos, que no consiguió quitarme ni la ducha ni el desayuno que yo mismo me preparé en la cocina de mi apartamento.

Y es que, al pensar otra vez en ellos, también lo estaba haciendo en «color caoba» y en la hermosa morena amiguita del asesinado Croyden.

Aquello no contribuía precisamente a quitármelo, sino todo lo contrario.

Marian había telefoneado a mí oficina la noche anterior pidiéndome una cita. Pues bien, no se la había concedido, pero desde que expliqué a O'Connor algunas cosas y tuve la certeza de saber por qué habían muerto Croyden y mi muñeca rubia, también la tuve, al menos para el primero, de quién había sido su asesino.

En cuanto a la rubia muñeca, a Lorna Horne, tenía cambien mis Ideas sobre ello, y la clave de todo estaba en poder de una mujer que era endiabladamente peligrosa, tanto por sus prominentes curvas, capaces de marear a cualquiera, como por las patadas que sabía dar en algunas ocasiones a una no menos endiablada velocidad.

Había, pues, que ir a verla, y aquella misma mañana, ya que lo que menos podía suponerse ella era que yo iría a visitarle después de haberle colgado el teléfono el día anterior.

Como no podía hacer uso del «Cadillac», tomé un taxi en la misma esquina de la manzana y me hice conducir allí. Marian no estaba. Le pregunté a la portera y me dijo que había salido.

Me despedí pensando en tomar otro taxi de regreso, cuándo en

la acera de enfrente, encendiendo un cigarrillo, vi a uno de los hombres de Paul. Atravesé rápidamente la calzada y el hombre me sonrió tendiéndome la mano.

—¿La vio salir? —pregunté.

Joel Dickson soltó una maldición nada académica.

—Claro que la vi —replicó acerbamente—. Pero esta gata se dio cuenta de que era seguida y me dio esquinazo en el Metro. Eso me pasa por estúpido. —Me miró como queriendo saber mi opinión sobre aquello de estúpido, y añadió después, en vista de que yo no decía nada—: Ayer también salió. Fue poco después de hablar con Adastra. Pero no fue muy lejos, sólo hasta la esquina, donde hay una cabina telefónica. Habló un rato por ella —yo deduje que era la conversación telefónica que había celebrado conmigo— y luego regresó a su apartamento. Parecía más nerviosa o asustada que cuando volvió del apartamento de Adastra. Luego, como una hora más tarde, salió de nuevo y la seguí hasta sus oficinas, míster Logan. Salió de allí noche cerrada. No pude verle el rostro, pero estaba nerviosa. Miraba a uno y otro lado de la calle como si temiera algo o a alguien. Luego… en fin, lo de esta mañana ya lo sabe. Yo no podía hacer otra cosa que volver y esperarla. Y aquí estoy.

Le palmeé afectuosamente la espalda, lo que maldita la gracia que me hacía después de aquellas noticias, y me apresuré a tranquilizarle. Después me despedí de él, tomé un taxi y me hice conducir a mis oficinas.

Lo primero que noté es que había mucha gente en la escalera. Rectamente, pero dándome cuenta de que me miraban y callaban a mi paso, me dirigí al ascensor. Pero éste no funcionaba.

Contrariado en extremo empecé a subir la escalera, y al llegar al primer rellano fue cuando me di verdadera cuenta de que algo anormal sucedía y que, al parecer, era por causa mía. Una causa completamente desconocida por mí, como es natural.

Seguí subiendo sin preguntar nada, y en el tercer rellano vi la sangre que había en uno de los escalones, sangre que me pareció se había intentado limpiar precipitadamente.

Me encaré con el primero que me vino a mano.

—¿Qué ha sido lo ocurrido? —pregunté.

—Creo… creo que han matado a alguien dentro de su

apartamento, míster Logan. Se ha avisado a la policía y…

Ya no escuchaba lo que se me decía. Empecé a correr escaleras arriba y llegué jadeante frente a la puerta del apartamento. Estaba lleno de hombres y alguna que otra mujer. Me abrí paso a empujones y entré.

Entonces oí aquella voz que tan bien conocía:

—¡Salgan, salgan de aquí! ¡Rápido!

La miré. «Color caoba» estaba allí, con una pequeña automática en la mano. Instantáneamente me di cuenta de que no me había visto, ya que se sentó en una de las sillas. Pero, por pura casualidad, apenas si levantó los ojos los fijó en los míos.

Avancé hacia ella y entonces se puso en pie. Comprendí al estar cerca que me tenía miedo. Desvié mis ojos para que se serenara y la cogí de un brazo mientras estudiaba la posición de los cuerpos de Susan y de Marian.

—Vamos, *miss* Larkin —dije.

Sin que ella apartara los ojos de los dos cadáveres, se dejó conducir por mí a través del despacho a una de las habitaciones que yo tenía reservadas como sala de espera.

Con el brazo extendido le indiqué uno de los sillones. Se sentó sin decir palabra. Vi cómo abría el bolso y guardaba la pequeña automática. Después sacudió sus rizos color caoba y levantó los ojos clavándolos en los míos.

—Supongo que no creerá que lo hice yo, ¿verdad?

Aquélla era una posibilidad que ya se me había ocurrido, y si no por su propia mano, sí por mediación de los que servía. Ruth sabía muchas cosas. Estaba seguro de ello.

—Confieso que he pensado en ello —dije a boca de jarro.

Se levantó hecha una furia, y cuando creía que iba a estallar en improperios, se dejó caer de nuevo en el sillón y ocultó su rostro entre las manos.

—Si usted supiera, míster Logan… —dijo.

—No, pero lo sabré pronto, dulzura —repliqué.

Y en el acto maldije el sonido de las sirenas de la policía, que me cortaban aquel buen momento. Sabía que ella se reharía rápidamente de la impresión, y que su buena disposición para contarme algo, cuando esto ocurriera, habría desaparecido.

Y no me equivoqué, ya que apenas si las oyó, vi cómo su rostro

se transformaba. Se ponía en guardia. Eso era todo.

La dejé sola y salí a recibirles. El inspector Vance y el sargento O'Connor entraron seguidos de varios agentes más. Unos instantes después, mi despacho se convirtió en un campo de batalla, donde predominaron las luces del magnesio.

En una de sus pasadas, el inspector Vance se encaró conmigo.

—Será mejor que nos deje trabajar a solas, Logan. Luego le interrogaré. Pero antes, una pregunta: ¿ha visto acaso una mujer de pelo color caoba? Me han dicho…

—Está en aquella habitación conmigo, inspector.

Me miró largamente y después dijo:

—Reúnase con ella y procure que no se mueva. Esa chica es importante.

Intenté protestar, pero el otro me atajó en el acto, aún mucho antes de que yo pudiera abrir la boca:

—¡Haga lo que le digo, Logan! Usted es también muy importante para la policía. No lo olvide.

Me largué de allí sin replicar una palabra, verdaderamente ofendido con él.

Ruth tenía una pierna sobre la otra y estaba fumando tranquilamente un cigarrillo. Cuando entré miró mis ojos y preguntó:

—¿Acabarán pronto?

—No lo sé —repliqué—. Pero ponga una hora u hora y media.

No replicó y me senté frente a ella. Lamenté haberlo hecho, ya que casi en el acto tuve que mirar a otro lado.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que oí las sirenas que se alejaban. Con ellas se iban también los cuerpos de Susan y Marian. Fue entonces cuando en mi corazón empezó a nacer un sordo odio que minutos después amenazó con ahogarme.

Si algún día llegaba a saber quién había cometido aquélla felonía, le iba a partir en dos con mis propias manos.

Ruth tenía sus bellos ojos fijos en los míos. Había dejado de fumar y se encontraba en apariencia tranquila. Estaba preguntándome qué era lo que sabía y lo que ocultaba, cuando el inspector Vance y el sargento O'Connor entraron en la habitación.

Ninguno de ellos pidió permiso para sentarse. Lo hicieron, y en el acto vi cómo Vance clavaba sus ojos en Ruth. Así que iba a ser

primero ella.

Y Vance no me dio tiempo para más.

—Usted trabaja para Adastra, ¿no es así, *miss*?

Me metí por medio.

—Creo que se equivoca, inspector. Ruth Larkin trabaja para mí. Es mi ayudante.

—Usted se calla ahora, Logan —me replicó, evidentemente furioso—. Ya hablaremos de eso después. —Hizo una ligera pausa en la cual se encaró de nuevo con ella y repitió la pregunta—: Trabaja para Adastra, ¿no?

Ruth fue cogida de improviso. En sus ojos vi la sorpresa y cómo Vance y el sargento la miraban atentamente.

—Es inútil que lo niegue, *miss* Larkin. Hay un «Mercedes» aparcado a la puerta y es uno de los automóviles de Adastra. ¿Lo niega acaso?

Ruth se levantó como impulsada por un resorte.

—¿Pero qué se ha creído, inspector? —preguntó con los ojos brillantes—. Nada tengo que negar porque nada hay de malo en ello. Sí, trabajo para Adastra y para míster Logan, aquí presente. Es un sobresueldo y no creo que a nadie le importe mucho cómo me lo gano. ¿O tal vez la policía se siente curiosa por ello?

Me reí para mis adentros, Ruth mostraba ahora una faceta que me fascinaba.

—Le ruego que se siente y se limite a contestar a mis preguntas, *miss* Larkin.

—Eso es lo que estoy haciendo, inspector. ¿O acaso es otra cosa?

—Siéntese, ¿quiere?

La voz del inspector Vance sonó peligrosamente suave, pero a juzgar por lo que estaba viendo, a Ruth no le hizo mella alguna, aunque se sentó.

—Ya estoy sentada, inspector —dijo, volteando malignamente la falda cuando levantó una de sus piernas para ponerla encima de la otra—. ¿Qué quiere saber?

—Todo.

—¿Y qué es ese «todo», si puede saberse?

Vance estaba sudando y sentí lástima de él, y admiración por Ruth, que no se dejaba apabullar fácilmente.

—¿Desde cuándo trabaja para Adastra?

—Desde anoche.

—Bien, usted hace algunos meses que está en Nueva York. Ha trabajado como cajera en unos grandes almacenes de la Quinta Avenida y luego como modelo en una casa de alta costura. ¿Puede decirme por qué dejó esos empleos?

Ruth le miró abriendo mucho los ojos. Luego vi cómo en ellos asomaba una picara burla.

—¿Debo contestar a esa pregunta, inspector?

Su voz era tan suave como el terciopelo.

—Le ruego que lo haga, *miss* Larkin —replicó éste.

—Los hombres, inspector. Simplemente los hombres. Sólo por eso.

—¿Debo creerla? ¿No será porque conocía a Adastra y deseó estar junto a él?

—No, no es así. Pero si lo fuera, ¿le importaría mucho a usted, inspector?

Con regocijo que casi no podía contener, vi cómo el rostro de Vance se tornaba ceniciento. Luego, cuando recapacité, temblé por ella.

No me equivoqué mucho, ya que Vance empezó a soltar preguntas con la velocidad de una ametralladora.

—Usted conocía a Lorna Horne, ¿no, *miss* Larkin?

—Sí, la conocía.

La respuesta de Ruth fue de lo más escueto y seco que yo había oído. Pero aún tenía que oír mucho más. Aunque esto yo no lo sabía en aquel momento.

—¿Mucho?

—Bastante, inspector.

—¿Quiere decirme qué hacía en este apartamento a la hora del crimen y con una pistola en la mano?

—Venía a ver a míster Logan. —Y yo di un respingo, cuando ella añadió sin mirarme—: ¿Es que no puedo venir a ver a mi jefe, al que trato de conquistar para casarme con él? ¿Hay alguna ley en los Estados Unidos que me lo impida?

—¿Con una pistola en la mano?

—¡Claro! ¿Qué chica no lo haría al darse cuenta de que la persona de la cual está enamorada intenta escabullirse como una anguila?

Vance se puso en pie como un energúmeno.

—¡Basta de una vez, *miss* Larkin! —estalló—. La persona que nos telefoneó nos dijo que usted llevaba una pistola. Que había disparado con ella. ¿Dónde ha escondido el arma?

Ruth, ante mi estupor, le imitó también. Es decir, se puso en pie.

—No intentará cargarme el muerto, ¿verdad, inspector? Se necesita ser imbécil para hacerlo. Sí, tengo un arma que no he tratado de ocultar en ningún momento. Si usted cree que yo he matado a esas dos mujeres, va fresco. Si es así, pruébelo. Cierto que he disparado con ella. Cierto también que mi disparo ha provocado la muerte de un hombre. Pero nada de esto diré ante un tribunal. Métaselo balo los sesos. Pruébelo si puede, inspector. No podrá. ¿Sabe por qué? Porque no hay cadáver. Al no haberlo no hay crimen, según nuestras leyes. En cuanto al arma, téngala. —Vi cómo abría el bolso y se la entregaba tomándola por el cañón—. Tenga, inspector. Y ahora pruebe también que esta automática fue la que mató a la secretaria de mi jefe y a Marión O'Hara. Mándela al departamento de balística, y pruebe si son o no ciertas sus sospechas. Pero, entretanto, déjeme tranquila.

Los ojos de Vance iban de mi persona a la de Ruth. Supe que se sentía en ridículo y deseé en mi fuero interno que Ruth no tuviera nada que ver en ninguno de aquellos crímenes, aunque, fuera de manera indirecta. A partir de aquel entonces, Vance se había convertido en su enemigo. Lo vi en su cara.

Luego Vance envolvió la automática en su pañuelo y se la metió en el bolsillo.

—La examinaremos, *miss* Larkin —dijo. Quedó pensativo unos cuantos segundos y luego añadió—: Dijo que había disparado contra un hombre y que le mató. ¿Es otra nueva tomadura de pelo, *miss* Larkin?

—No.

—¿Quiere decirme cómo ocurrió?

Y a mis oídos llegaron las palabras de ella cuando explicó todo lo que había ocurrido en la escalera al llegar al ascensor. Pero cuando el inspector estaba más tranquilo, saboreando lo que él creía un triunfo sobre ella, Ruth añadió:

—Sé que he hecho mal en explicarle esto, inspector. Estoy segura que durante el proceso lo hará servir en contra mía. Será

interesante saber cómo consigue probarlo.

Vance le lanzó una mirada asesina y ella arqueó coquetamente una de sus preciosas cejas. Luego vi cómo se abanicaba con las pestañas y sonreía.

—¿Quiere dejar de decir sandeces de una vez, *miss* Larkin, y explicarme qué ha ocurrido con ese misterioso cadáver? Cierto que hay sangre en la escalera. Pero y…

—No hace falta devanarse mucho los sesos para comprender que sus compañeros se lo llevaron para que no fuera identificado, inspector.

Vance lanzó un bufido mientras O'Connor, casi a su espalda hacía esfuerzos por contener la risa.

CAPÍTULO XIII

Logan:
Jueves, doce de la mañana.

Después de aquello, Vance dio un par de paseos antes de encararse de nuevo con Ruth.

—Sí. Ésa es también mi idea, *miss* Larkin. ¿Tal vea Adastra?

La respuesta de Ruth sonó a mis oídos como un disparo de pistola.

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa, inspector? Adastra, a pesar de ser mi jefe, no me tiene tanta confianza como para hacerme partícipe de lo que hace o deja de hacer.

—¿Qué sabe de él?

—Nada. Le conozco porque últimamente he ido varias veces a su garito, pero nada más. Hablé con él una sola, vez, cuando le pedí que me empleara.

—¿Está segura?

—¡Claro! ¿Cree que soy sonámbula para no saber lo que hago?

Vance me miró a mí. Comprendí que la dejaba por imposible, al menos por el momento.

—¿Qué sabe de eso, Logan?

—Nada nuevo de lo que ya le conté al sargento. Estuve con él en la Morgue, cosa que ya le expliqué a usted. Luego, cuando me dejó solo después del atentado me fui a dormir y nada he sabido hasta que he entrado aquí. Eso es todo lo que puedo añadir. Lo demás ya lo sabe usted.

Me miró y vi que no se fiaba.

—Usted, si mal no recuerdo, le dijo al sargento que hoy tendría pruebas que corroborarían las sospechas que tenía sobre estos asesinatos. ¿Puede decirme lo que ha descubierto?

—Puedo decirle lo que pienso, pero sin pruebas. La mujer que

me las tenía que proporcionar ha muerto.

—¿Se refiere a su secretaria?

Crispé el rostro. La sola mención de ella me ponía fuera de mis casillas, haciéndome sentir un enorme vacío en la boca del estómago.

—No. Me refiero concretamente a Marian O'Hara.

—Esa mujer era amiga de Jim Croyden, otro de los asesinados, ¿no?

—Sí. Y precisamente ella tenía la clave de todo esto.

Siguió mirándome de manera inquisitiva y luego replicó:

—¿Por qué? Hable, Logan.

Me dispuse a satisfacerle, pero sólo en parte, claro.

—Mi idea es ésta —empecé—. Croyden y Adastra son socios desde hace mucho tiempo. Repentinamente. Croyden decide separarse de él. Croyden sabe demasiado para la seguridad de Adastra. En fin, ambos se amenazan y Croyden viene a mi despacho. Luego se arrepiente, pero se encuentra con que ya ha pagado y entonces dice lo que le parece mejor, pero siempre basándose en la idea que le peí Siguen, que está en peligro, que puedo ir a la cárcel, y que yo debo evitarlo, bien por mis investigaciones o bien pasa que le busque a un buen abogado, la elección del cual deja a mi libre albedrío.

Entre tanto, Adastra no está ocioso. Conoce como nadie la vida de Croyden. Sobre todo sus amistades femeninas. Sabe que, mucho antes, Croyden conoció a una chica muy hermosa, mi muñeca rubia, o Lorna Horne.

Que sigue con ella pero que, al mismo tiempo, busca la compañía de otra. En este caso, Marian O'Hara.

Esto data ya de muchos meses. Tanto, que Lorna se siente cada vez más sola. El hombre por el cual lo daría todo, el hombre que ama, busca la compañía de otra. Claro que esto no lo sabe hasta que Adastra, a raíz de su discusión con Croyden, se lo dice.

Lorna pierde la cabeza y uno de los días le sigue. Ve que es verdad y su mente se nubla. ¿Qué hace? Le acecha esperando una oportunidad. Esta llega cuando Croyden viene a mí oficina. Lorna va detrás, le ha visto, hace días que le ve a cada instante. Concibe un rápido plan y lo pone en práctica, pero no lo hace con uno de los automóviles de Adastra, sino que roba un «Mercury» y le mata a la

salida de mí oficina.

Luego vuelve a su trabajo, pero está asustada. Tanto, que se confía a Adastra. Creo que lo hizo cuando él volvió a la carga una y otra vez, contándole de nuevo lo que ella tenía bien sabido. Entonces confiesa lo que ha hecho. Adastra respira satisfecho. Sus planes han dado fruto, ya que eso era lo que él quería.

Pero Lorna se ha convertido en un peligro para él. Decide eliminarla… y no cuenta con un fósforo metido en su garganta, ni que la autopsia daría como resultado muy poca agua en su estómago.

Luego viene lo de Marian… Marian sabe mucho… Lee en los periódicos lo ocurrido a Croyden y empieza a atar cabos, pero todavía está a oscuras. Después viene la muerte de Lorna, y Marian sigue atando cabos hasta dar con la solución.

Entonces en su mente entra la idea del chantaje. Va a ver a Adastra, pero las cosas no salen como ella quiere y, por lo tanto, cobra miedo. Me telefonea, ya que me conoce por haberla visitado yo con anterioridad. No la creo y voy a verle a usted, O’Connor, para estar presente en la autopsia de la muñeca rubia. Cuando salgo me marcho a dormir. Y lo demás ya lo saben. Creo que ella vino aquí ayer y habló con Susan. Volvió esta mañana y la liquidaron.

Vance y O’Connor me miraron durante unos cuantos minutos en el más completo silencio. Fue Vance el que lo rompió diciendo:

—Sí, desde luego, su teoría puede ser acertada, Logan. Pero estamos como antes. No hay pruebas. Hemos interrogado a Adastra sobre la muerte de Lorna Horne y le volveremos a interrogar sobre Marian O’Hara. Pero no sacaremos nada en limpio. Carecemos de una base para acusarle. Si al menos su secretaria de usted hubiera tomado alguna nota de lo hablado con Marian… Contando con que sus asesinos no lo hayan encontrado antes. ¿Tiene idea de lo que buscaban, Logan?

Me encogí de hombros.

—No con certeza, pero estoy seguro de que este destrozo lo hicieron creyendo que Susan tomaba nota de todo. Pero no es así. Susan nunca lo hizo. Se limitaba a decirme las cosas simplemente de palabra. Perdieron el tiempo como nosotros. Si habló algo importante con Marian O’Hara, se lo llevó a la tumba. ¿Cuándo piensa interrogar a Adastra, inspector?

—Esta noche. Sé que, como siempre, no faltará a su garito. Es buen lugar para encontrarle sin molestarse mucho en buscarle, Logan. ¿Por qué lo pregunta?

—Quisiera ir yo también.

Me miraron los dos, como sospesando mi proposición. Vi la duda en sus ojos y al punto me di cuenta de que sospechaban que les ocultaba algo, como así era en verdad, aunque yo mismo podía estar equivocado en creerlo. Esto lo averiguaría con certeza tan pronto como se hubieran ido.

—De acuerdo. Pasaremos a recogerle a eso de las siete. Y ahora, Logan, una última pregunta. ¿Qué explicación nos da referente a *miss* Larkin? Ella dice que trabaja para Adastra y para usted. ¿Qué dice a eso?

Fue la propia Ruth la qué contestó, adelantándose a mis propósitos:

—Míster Logan contrató mis servicios para que sirviera de espía en casa de Adastra. Sé que me juego mi bonito pellejo, pero quiero ayudarle. Ya le dije el motivo, inspector.

Vance parecía no hacer caso de las palabras de Ruth, pero no era así, ya que me preguntó apenas si ella acalló de hablar:

—¿Es cierto eso, Logan?

Asentí en silencio.

—¿Tiene algún plan para esta noche, Logan?

Confesé que no, y Vance se encaminó hacia la puerta. Ruth se puso en pie yendo hacia él. Le tocó un brazo y Vance ladeó la cabeza para mirarla:

—¿Qué quiere ahora, *miss* Larkin? —preguntó con aspereza.

—Preguntarle una cosa, inspector: ¿No me va a detener?

—No, al menos por ahora. Pero no salga de Nueva York sin mi permiso. Hago responsable de ello a míster Logan. ¿Entendido?

—¡Claro que sí! Pero no sabe lo que se pierde al no detenerme. Con lo interesante que yo llego a ser.

O'Connor estaba ya en la puerta y se apartó de ella para dejar salir a Vance, que después de soltar un bufido la cerró con sospechosa suavidad. Más tarde, cuando todo hubo terminado, me enteré de que sus hombres estuvieron durante muchas horas buscando un cadáver en los sitios más inverosímiles y que no lo encontraron.

Al fin quedamos solos. Entonces me volví para mirarla. Durante unos cuantos minutos permanecimos silenciosos hasta que lo rompí, preguntando:

—¿Qué hay de Adastra, preciosa?

Sus ojos se agrandaron.

—Y yo qué demonios sé, querido. No creerá que yo… ¿verdad?

—Escucha, pimpollo —repliqué tuteándola—. Basta unas cuantas palabras mías al inspector Vance para que te mande «enchiquerar». Por lo tanto será mejor que empieces a cantar, y claro. Quiero saber todo lo que se refiere a Adastra, y cuál era tu verdadera amistad con Lorna Horne. Desembucha, querida.

Ruth agrandó los ojos y vino hacia mí. Estaba peligrosamente cerca cuando se detuvo con la barbilla levantada en ademán de desafío y los rojos labios entreabiertos, envolviéndome con su perfume y con el encanto de sus grandes y rasgados ojos.

Sus senos se estremecían palpitantes al impulso de la furia que la acometía.

—¿Qué se ha creído, maldito pesquisa? Le dije la verdad. Pero nadie tiene la culpa de que yo esté hablando con un grosero. Y no me tutee, ¿sabe, rufián?

La cogí de las manos acercándola más hacia mí.

—Escucha, encanto —dije, pegando mis labios junto a su cara—. Vas a hablar largo y tendido. Yo no soy el inspector Vance, ricura. Por lo tanto ya le estás dando a la lengua.

—¡Váyase al cuerno, Logan!

—Cállese y conteste a mis preguntas, Ruth. Será mejor para usted. ¿Qué hay de Adastra y de esa muchacha?

—No sé nada, salvaje. Aunque lo supiera no se lo…

La estrujé violentamente contra mi pecho.

—Te he dicho que sólo quiero saber algo de Adastra, nena —dije.

Y la besé en los labios mientras me preparaba para sujetar sus manos. Pero ante mi estupor, no sucedió nada de esto. Ruth se quedó muy quieta mirándome. Luego se sentó en una silla, levantó una pierna para posarla encima de la otra, abrió la boca y dijo:

—¡Oh!

Luego se miró de manera insistente la puntera de sus zapatos de alto tacón, y al cabo de unos minutos continuó:

—Usted gana, Logan. Hablaré.

Y lo hizo. Contó entre otras cosas que ella había ido a la escuela con Lorna Home. Que de allí venía la amistad y el afecto que la profesaba y que por eso quería ayudarme a desenmascarar a Adastra.

Sin saber por qué, tampoco la creí. Entonces me di por vencido, pero sólo por el momento. Tenía muchas cosas que hacer. Entre otras, la de disponer todo para el entierro de Susan. La pobre carecía de familiares. Por lo tanto, yo iba a correr con los gastos de su sepelio.

—De acuerdo, Caperucita —dije, cuando Ruth terminó de hablar —. Ahora ve y cierra la puerta de entrada. Tenemos que hacer aún otra cosa antes de salir de aquí.

Si se extrañó de mi petición no lo demostró. Tan sólo había algo de curiosidad cuando regresó con la llave del apartamento en la mano. Miró en torno, vio la mancha de sangre en el suelo y se estremeció.

—Tenemos que limpiar esto, ¿no?

Por su tono comprendí que la tarea no le agradaba.

—No te preocupes, pimpollo, que ya lo harán por ti.

Suspiró con alivio mientras yo me dirigía hacia la volcada mesa que sirviera en vida a Susan.

No la veía ahora, pero adiviné que Ruth no me perdía de vista.

Llegué junto a la destrozada silla y la aparté de un patadón. Luego me agaché. Mientras mis dedos palpaban el zócalo de madera, oí su inconfundible taconeo. Luego ella se agachó junto a mí.

Adivinando algo fuera de lo normal estaba excitada. Sentía su respiración silbante en mi cuello. A pesar de esto oí claramente el ruido que hizo el resorte al dispararse. A mi espalda, Ruth lanzó una exclamación cuando parte del zócalo se corrió a un lado, dejando al descubierto un oscuro hueco.

Metí la mano por él y saqué el magnetofón. Luego, y con ayuda de la excitada Ruth levanté la mesa y lo coloqué encima, enchufándolo después.

Siguieron unos minutos de tenso silencio hasta que por fin la voz de Susan se dejó oír a través de la cinta. Luego la réplica corrió a cargo de Marian O’Hara.

Hablaron las dos más de veinte minutos, en los cuales Marian explicó, salvo algunas ligeras variantes todo lo que yo había expuesto al inspector Vance.

Después oí su respuesta cuando Susan la acusó de chantajista. Marian replicó que estaba enamorada de Croyden y que éste era su único sostén. Mediante una trampa Adastra le había hecho matar por Lorna Horne, y por lo tanto era él quien tenía que mantenerla desde aquel momento.

Se despidió quedando en volver al día siguiente. O sea, hoy jueves. Y lo había hecho, para morir.

La cinta ya no nos dijo más, pero era bastante para llevar a Adastra a la «silla». Miré a Ruth, estaba pálida y no me quitaba los ojos de encima. Supe que tenía miedo y me pregunté por qué. ¿Acaso era cómplice de Adastra?

Las sospechas volvieron a asaltarme mientras quitaba el rollo de cinta y lo envolvía cuidadosamente en un papel. Hecho esto lo guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón. Acto seguido palpé la culata de la «Mauser 32» situada bajo mi axila izquierda y me puse en pie.

Apenas si lo hube hecho la voz de Ruth me llegó al oído:

—¿Por qué no le dijo eso al inspector Vance, míster Logan? Ellos quieren colaborar con usted, y les ha engañado. Me estoy refiriendo a ese escondrijo secreto.

—No tenían por qué saberlo, bombón —repliqué—. Tampoco me gusta hacer el ridículo.

—¿Quiere decir que no tenía la seguridad de que Susan hubiera tomado en cinta magnetofónica esa conversación?

—Sí, eso es.

—¿Y ahora?…

—Ahora nos vamos, ricura. Al Departamento de Homicidios. Confieso que no me seduce la idea de presentarme yo sólo frente a Adastra.

Me tomó por el brazo al salir. Por lo tanto solo tuve que ladearme un poco para besarla. Apenas si lo hube hecho allí, en mitad del pasillo, la tuve en mis brazos.

Cuando se separó no dijo nada, y siguió callada hasta que abrimos la portezuela delantera del «Mercedes». Ruth empuñó el volante y el automóvil empezó a rodar.

No sé cómo ocurrió. Sólo que detrás de mí alguien habló con voz amenazadora:

—Será mejor que continúes adelante, ricura.

Y al instante algo estalló contra mi cabeza. Vi miles o millones de lucecitas (tampoco lo sé con certeza) y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO XIV

Logan:
Jueves, doce y treinta, mañana.

Cuando volví a la realidad, me encontraba tendido en el fondo del automóvil, viendo a mi lado unas piernas masculinas, unos pies enfundados en zapatos de puntera estrecha y unos calcetines chillones. No me moví.

Sabía que al hacerlo desataría de nuevo aquella furia sobre mi cabeza y no tenía ganas de que me hicieran otro chichón encima del que ya debía tener.

Y no obstante tenía que hacer algo. El «gangster» estaba hablando ahora. Y a juzgar por la contestación, lo estaba haciendo con Ruth.

—Procura no hacer tonterías como hasta ahora, ricura. No olvides que tengo una automática en la mano y el primer balazo será para ese pesquisa entrometido.

Ruth no replicó. Siguió otro largo silencio mientras el «Mercedes» seguía su ruta y yo iba recobrando fuerzas.

Repentinamente la voz de Prescoe (ya que de éste se trataba) se dejó oír de nuevo:

—¿Dónde ibais tan aprisa, querida?

Ahora Ruth se dignó contestar:

—Simplemente a comer, gorila.

Prescoe soltó una risotada.

—Siento haberte estropeado la fiesta, pequeña. Pero últimamente el jefe ha empezado a sentir un vivo interés por ese Logan (eso era por mí, claro) y por ti. Desea saber cuáles son tus relaciones con él.

Ruth calló y yo fingí que empezaba a recobrar la lucidez. Moví la cabeza, lo que me produjo un intenso dolor que me obligó a

soltar un gemido.

Prescoe volvió a reír al darse cuenta y me miró.

—El pesquisa ya vuelve en sí, ricura. Está atenta al volante si no quieres que te meta un balazo en la nuca. Voy a dormirle otro rato.

Se inclinó sobre mí levantando la automática por el cañón. Con los ojos entrecerrados vi descender el arma. Me ladeé en el momento preciso y Prescoe casi perdió el equilibrio al fallar. Soltó una maldición mientras yo le agarrotaba la muñeca armada.

En el acto se la retorcí y luego le golpeé en el canto de su mano izquierda. Soltó un aullido de dolor y abrió los dedos. Luego intentó darme una patada, pero yo ya tenía en la mano mi propia «Mauser».

Bloqué la patada con el pie izquierdo y me incorporé para golpearle en la barbilla con la culata del arma.

Fue un golpe brutal que me causó escalofríos cuando oí romperse los huesos. No lanzó un solo gemido. Luego se desplomó blandamente sobre el asiento y yo dije:

—Arrímate a la cuneta, ricura. Este tipo se ha desmayado como una damisela.

Ruth obedeció prestamente y detuvo el «Mercedes». Abrí la portezuela, miré alrededor y reconocí el lugar.

Había poco tráfico en aquel momento, pero yo esperé aún un poco más. Tuve suerte, ya que a los pocos minutos la carretera quedó vacía a uno y otro lado. Entonces tomé el cuerpo de Prescoe y lo lancé sin miramiento alguno a la cuneta.

Subí al «Mercedes» y me acomodé al lado de Ruth.

—Vamos, encanto —dije—. Ahí queda un lastre manos. Espero que dé con él cualquier policía de tráfico de carreteras.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—¿Dónde nos llevaba ése? —inquirí a mi vez.

—Al garito. Dijo que Adastra quería hablar con los dos. Luego se rió y me explicó que él y Harris eran los encargados de pasaportamos. Escuche, Logan; será mejor dar media vuelta y venir con el inspector Vance.

No eran esas mis ideas y así se lo dije, mientras me palpaba el bolsillo del pantalón para comprobar aliviado que el rollo de cinta magnetofónica estaba en el lugar en que lo había dejado.

—De estar en Nueva York lo hubiera hecho, dulzura. Pero ahora estamos muy cerca de ese granero. Pienso hacer una visita, y ahora

mismo.

—Le matarán, Logan.

—¿Lo sentirías, ricura?

—¡Y un cuerno, Logan!

Me reí y ella continuó conduciendo, hasta que llegamos a la bifurcación. Ruth detuvo el «Mercedes» y sus ojos fueron a la piscina. La vi palidecer y deduje que estaba pensando en la horrible muerte de Lorna Home.

—¿Continuamos a pie? —preguntó.

—Continúo a pie querrás decir, Ruth, puesto que tú te quedas en el automóvil.

—No lo sueñe, Logan.

La miré a los ojos y ella me sostuvo la mirada.

—Escucha, dulzura —intenté convencerla, mientras ella seguía negando moviendo de un lado para otro sus rizos color caoba—. Necesito que estés aquí. Si dentro de una hora no he regresado, da media vuelta y entra en el primer teléfono que encuentres. Ya sabes lo que tienes que hacer entonces, ¿no?

—No pienso dejar…

La interrumpí para besarla y aquello la dejó confusa… y convencida. Me alejé sin lograr interpretar debidamente el brillo que había en sus ojos.

Pero no fue por la vereda, sino por bajo los árboles, escudriñando los alrededores. No vi a nadie. Todo era silencio en torno, y confieso que no me gustó. Adastra había planeado los asesinatos y ahora nuestro rapto para hacernos desaparecer. Eso quería decir que éramos un peligro para él. ¿Dónde estaban, pues?

Seguramente que en la casa esperando el «Mercedes» con su carga… y Prescoe. Entonces, y a medida que avanzaba hice unos ligeros cálculos. Si Ruth no mentía y en la casa había alguien, sólo tenían que ser dos, y Adastra en persona, ya que ella había liquidado a uno en la escalera de mi apartamento y yo acababa de hacerlo con Prescoe.

Antes de llegar saqué la «Mauser» de bajo la axila y la metí en el bolsillo derecho de la americana.

Una vez frente al granero me detuve escuchando. Seguía sin oírse nada. Avancé hacia la puerta. Ésta estaba cerrada, miré el timbre y llamé. Repetí un par de veces la llamada antes de que

aquélla se abriera.

Richard Gordon estaba frente a mí, y no parecía sorprendido por mi presencia, lo que me desconcertó.

—¡Cuernos, si es mi amigo el pesquisa! —dijo sonriendo por un costado de la boca—. ¿Qué se le ha perdido por aquí, Logan?

—Quiero ver a Adastra.

—No está.

—Lo siento, amigo. Pero vine a darle una mala noticia. Su amigo Prescoe ha tenido un tropiezo y se encuentra bastante mal.

Gordon me miró de pies a cabeza, y luego a los ojos. Le sostuve la mirada.

Por fin se apartó de la puerta y me invitó a entrar.

—Pase, Logan —dijo—. Veré lo que puedo hacer por usted.

Tanta amabilidad debió de ponerme en guardia, pero no fue así. Confieso que me porté como un idiota, pero avancé hacia la puerta. Apenas si traspuse el umbral, de nuevo se hicieron las tinieblas en mi cerebro.

Lo único que recuerdo fue algo así como si mi cabeza saltara en mil pedazos, y luego mi cuerpo empezaba a vagar por los espacios siderales. Después nada.

Aquello era un cuarto de baño. Esto fue lo primero que comprendí al abrir los ojos. Luego vi a Harris que estaba sentado frente a mí, sosteniendo en su mano derecha una pavorosa «Luger».

—Hola, pesquisa —me saludó—. ¿Cómo se siente?

Le hubiera mandado al diablo, pero preferí guardarlo para mejor ocasión, si es que ésta llegaba alguna vez.

—Me duele la cabeza —repliqué.

Con lo que se echó a reír, mientras valiéndose de una sola mano, ya que la otra la tenía con la pistola, se ponía un cigarrillo en los labios. Como fascinado le vi encenderlo con un fósforo y luego tirarlo a la bañera.

Una pregunta brotó en mi mente con la misma rapidez que un relámpago y se la formulé:

—¿Acostumbra siempre a tirar las cerillas en el baño, Harris?

Me miró extrañado de mi pregunta, pero no vio nada anormal en ella, ya que replicó:

—Cuando estoy aquí sí. ¿Hay algo de malo en ello, pesquisa?

—Hasta cierto punto, ¿no? Sería malo si fuera usted quien trajo

aquí a Lorna Horne, para después meterla en la bañera y ahogarla.

Se puso en pie mirándome de pies a cabeza. Vi cómo levantaba un poco más el cañón de la «Luger». Luego se echó a reír.

—Eres endiabladamente listo, pesquisa —dijo—. Sí, yo fui. La chica tardó poco en morir. Apenas resistió medio minuto. ¿Cómo lo has sabido, Logan?

Le dije la verdad, deseando ganar tiempo sin saber por qué, ya que no cabía esperanza alguna. Harris estaría aguardando al tipo que me golpeó, para pasaportarme. Lo harían también en la bañera.

Yo mismo me dije que no. Pude que lo intentaran, pero no lo conseguirían. Morir por morir, prefería un tiro. Por lo tanto, no esperaba estarme quieto.

—Cuando a Lorna Home se le practicó la autopsia, tenía una cerilla en la garganta. Eso fue lo que le produjo la muerte, y no el agua que pudo tragar en la bañera.

Me miró incrédulo y luego soltó una risotada.

—Tiene gracia —replicó—. Ésa es la misma muerte que te vamos a dar a ti. Luego buscaremos a esa otra chica. A Ruth Larkin. El jefe tiene mucho interés en verla. En cuanto a ti, pesquisa, espero que no te tragues esa cerilla —rió de nuevo y añadió—: Procuraremos hacer las cosas rápidas pa…

En aquel momento entró Gordon. Harris se sobresaltó y la «Luger» dejó de apuntarme un solo segundo. Entonces salté.

¿Les he dicho que soy algo salvaje y que tengo una fuerza descomunal, no? ¡Pues lo digo ahora, caramba!

Salté hacia los pies de Harris, con lo que el tiro que sobre mi disparó Gordon se perdió contra la pared. Harris y yo rodamos por el suelo, de resultas del encontronazo no atreviéndose a hacer fuego por no matar a su compinche.

Al fin dejamos de rodar, y entonces me levanté, pero llevando entre mis brazos a Harris. Se lo arrojé a Gordon, éste intentó esquivarlo pero no pudo. Su disparo se perdió en el techo, y luego quedó estampado contra la pared mientras yo recogía la «Luger».

De los dos fue solo Harris el que se movió. Intuí lo que significaba su movimiento y disparé cuando él ya tenía su automática en la mano. Cayó con un agujero en la frente.

De una zancada me encontré al lado de los dos. Les registré. Harris tenía mí «Mauser» y me la llevé.

Ya en la puerta del cuarto de baño, creí oír ruido de pasos. Con la «Mauser 32» por delante atravesé el umbral, yendo recto hacia la puerta que conducía a la escalera. Con infinitas precauciones subí.

En el pasillo no había nadie. Avancé hacia el despacho de Adastra. Tampoco estaba. Entonces me detuve indeciso pensando en registrar toda la casa cuando el ruido de un automóvil llegó a mis oídos.

Corrí hacia la ventana, y vi el «Mercedes» descapotable que me atacara aquella noche. Al volante iba Adastra recto a la carretera. ¡Ruth!

Creo que grité ese nombre mientras corría escalera abajo. En el primer rellano me detuve pegándome a la pared. Gordon disparaba contra mí, y me maldije al no haberle desarmado también.

Después de la explosión de sus dos disparos, todo quedó de nuevo en silencio. Me despegué de la pared y con infinitas precauciones asomé la cabeza por el recodo seguida de la «Mauser».

Gordon disparó en el acto, pero lo hizo con precipitación. La bala levantó esquirlas de yeso, dos o tres pulgadas por encima de mi cabeza. Gordon intentó escabullirse pero no lo consiguió. Le metí un balazo entre los ojos, salté por encima de su cadáver y corrí al garaje, sabiendo que allí encontraría algún vehículo. ¡Si Adastra no los había estropeado!

No lo había hecho. Por lo tanto subí a un «Alfa Romeo» también modelo *sport* y volé hacia la carretera. En la bifurcación no estaba Ruth ni Adastra, pero en la lejanía, camino de Nueva York creí distinguir un «Mercedes» negro.

Apreté el acelerador y el cuenta-millas empezó a subir rápidamente. De las sesenta pasó a las setenta, hasta que hubo un momento en que rebasó las ciento diez por hora.

Acortaba distancias. Ruth iba delante, y más allá, volando sobre el asfalto, Adastra con el «Mercedes» gris.

La persecución duró más de media hora. Se veía ya la majestuosa mole de rascacielos de Manhattan cuando ocurrió la desgracia. Luego me explicó Ruth cómo había sido, y yo voy a decirlo ahora.

Adastra se sabía perseguido. Seguramente no creía que era Ruth la que le iba a la zaga tan de cerca. Me parece que pensó que era yo. Por eso no hacía más que volver la cabeza.

En una de las veces, lanzado a más de ciento treinta millas por hora, sufrió un despiste, se salió de la carretera y el automóvil volteó por un barranco yendo a parar al fondo después de dar media docena de vueltas de campana.

Cuando logré detener el «Alfa Romeo» y bajar hasta el lugar del accidente, Ruth estaba allí y me besó llorando.

—Cass —dijo entre hipos—. Ha quedado bajo el coche, muerto. Y no me alegro aunque sé que Lorna estará ahora tranquila. Lorna era mi hermana, Cass. Mejor dicho mi hermanastra. Por eso hay esa diferencia de apellidos.

Me quede de una pieza.

CAPÍTULO XV

Ruth:
Un jueves, a las tres treinta de lo madrugada.

Acabo de quitarle la pluma a Cass cuando se dispone a poner la palabra fin a estos sucesos que unieron nuestras vidas y que se ha decidido a escribir a petición mía.

Cass es un embustero de marca mayor. Ahora que le tengo detrás de mí mientras escribo esto, mirándome con ojos de carnero degollado, aunque le siente mal el calificativo y tenga deseos de darme una bofetada, ahora que he conseguido quitarle la estilográfica, quiera aclarar una cosa.

No es verdad que en la carretera, cuando murió Adastra víctima del accidente, yo fuera a sus brazos llorando para besarle. Lo hizo él, es la realidad. Ya les dije que una tiene un buen palmito, por lo tanto lo cacé.

Sí fue él quien me besó. Y ante aquello… ¿Qué podía hacer una…?

Habrán comprendido que nos hemos casado. De esto hace ya cerca de un año, y casi todo está olvidado en mi mente. Pero al escribir esto, no tengo más remedio que hacer unas cuantas aclaraciones.

La primera ya está, y ruego que no se ponga en duda. Mi orgullo de mujer se resentirá por ello. Ahora pasaremos a Adastra. No tuvimos que movernos de allí para que viniera la policía. Cass se presentó como lo que es, un pesquisa estúpido que se ha dejado coger por una lista mujer que soy yo.

Nos condujeron a presencia del inspector Vance y le entregamos un rollo de cinta magnetofónica. Él lo agradeció soltándonos otro rollo que versaba sobre los deberes cívicos y otras cosas más, y todos quedamos satisfechos.

Luego recogieron a Prescoe, que todavía estaba durmiendo y se lo llevaron. Cinco semanas más tarde le enviaron a la tostadera, y un mes después conseguí que Cass, como un tonto, dijera que si a…

Bueno, al final, una acaba por confundirse.

Ahora ya sólo queda Lorna. Dije la verdad. Era mi hermanastra. Ya de pequeña fue una chica bastante extraña y con un carácter de mil diablos. Se separó de nosotros cuando apenas contaba veinte años y vino a Nueva York donde la seguí cuando nuestra madre murió. Adastra la empleó. En uno de sus viajes conoció a Croyden y se enamoró de él, pero el «gangster» se burló de ella.

El mismo día que le atropelló matándole yo lo supe porque ella me lo confesó. Luego… cuando Adastra ordenó matarla, concebí una idea…

Ahora doy gracias a la Providencia por aquel accidente. Si no hubiera sido por él, a estas horas sería una asesina, ya que mi intención era matarle.

Me alegro de no haberlo hecho.

Cass ha puesto su mano en mi hombro. Levanto los ojos para mirarle. Creo que voy a darle un…

FIN

FAMOSOS



FRANCES

El idioma de la cultura y el turismo

Saber otro idioma es duplicar las posibilidades de aumentar sus ingresos.

Aprenda **Francés** con el método más sencillo, rápido y eficaz que se conoce: el Curso AFHA de Francés... ¡Lecciones claras, amenas, con miles de dibujos que hacen más fácil la enseñanza!

Con discos o sin discos. Con un concepto moderno de la enseñanza por el sonido. Usted aprende el lenguaje familiar, el que verdaderamente necesita.



Si sigue el Curso con discos, AFHA le ofrece un tocadiscos "Young Music" de Kolster en condiciones extraordinarias

M. Nicolau, 9-11 BARCELONA 6   Hileras, 4 MADRID 13

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortes, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18, número 8-64 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 326 LIMA.

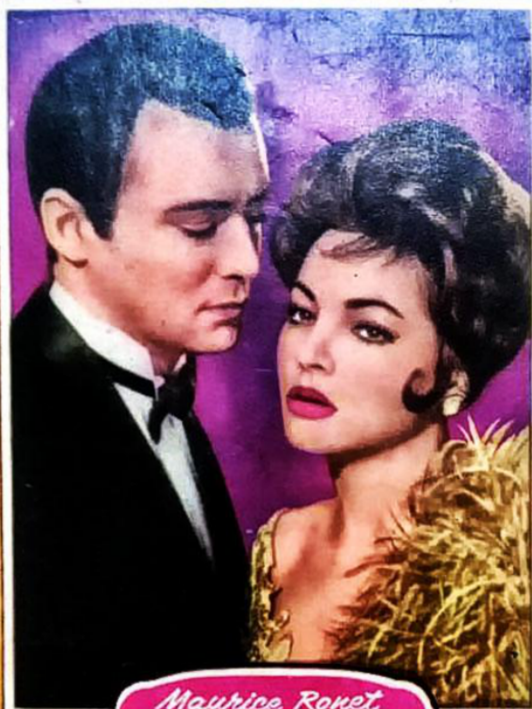
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 2.ª Avda. Sur, 520 Edificio Modelo. Apartamientos 204-205 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



N.º 1411

Pareja protagonista de la película «Mi último tango» y «Carmen de Ronda». Ella es la triunfadora de «El último cuplé», y de él recordamos como las más completas de sus actuaciones, «La bruja», «Los aristócratas» y «A pleno sol».


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain